



Surco y flor: San Pedro del Barco

FRANCISCO MATEOS

e de Alba



Ayuntamiento de
El Barco de Ávila

 Institución Gran Duque de Alba

Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

FRANCISCO MATEOS

SURCO Y FLOR:

SAN PEDRO DEL BARCO



Ayuntamiento de
El Barco de Ávila

2008

Editan:

Institución "Gran Duque de Alba"

Diputación de Ávila

Ayuntamiento de El Barco de Ávila

Fotografías:

Segio de Vega Ampudia

Mapa:

Celestino Leraña de Matías

Imprime:

MIJÁN, Industrias Gráficas Abulenses

I.S.B.N.: 978-84-96433-60-1

Depósito Legal: AV-35-2008

ÍNDICE

<i>Prólogo a la segunda edición</i>	<i>7</i>
<i>Prólogo.....</i>	<i>11</i>
<i>Declaración</i>	<i>15</i>
<i>Nacimiento.....</i>	<i>21</i>
<i>Infancia y juventud.....</i>	<i>27</i>
<i>Labrador y penitente</i>	<i>33</i>
<i>Sacerdote y apóstol</i>	<i>39</i>
<i>Párraces.....</i>	<i>43</i>
<i>Retorno a la Ribera</i>	<i>49</i>
<i>La muerte.....</i>	<i>51</i>
<i>Campanas de gloria.....</i>	<i>57</i>
<i>Meta y sepulcro.....</i>	<i>63</i>
<i>Destellos de santidad</i>	<i>67</i>
<i>Monumentos y recuerdos</i>	<i>73</i>
<i>El lino y la tea</i>	<i>79</i>
<i>La reliquia</i>	<i>83</i>
<i>Testimonios.....</i>	<i>89</i>
<i>Certificación arciprestal.....</i>	<i>95</i>
<i>Ingratitudes y amores.....</i>	<i>99</i>
<i>Poemas y gozos</i>	<i>107</i>
<i>Himno.....</i>	<i>113</i>
<i>Invocación.....</i>	<i>115</i>

 Institución Gran Duque de Alba

DEDICATORIA

A los barcenses de nacimiento y de corazón.

*A los defensores de esta tierra abulense
con las glorias que ella representa.*

EL AUTOR

INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

El Barco es un lugar privilegiado. Lo saben y lo sienten los *barcenses de nacimiento y de corazón*, los *defensores de esta tierra abulense*, a quienes el autor dedicó este libro. Lo dice el himno de la villa, compuesto por Francisco Mateos y Julio Andray, que con tanta pasión se canta en numerosas ocasiones, en fiestas oficiales y privadas, en reuniones, por el simple hecho de estar juntos, con cualquier motivo: *En la piel ondulada de Castilla. / en confines de blancura y de verdor. / ante Gredos, ciclópea maravilla / que hizo al Tormes su mágico cantor.*

En el Tormes, frente a Gredos y la sierra de Béjar, las cimas de los cerros y las sierras, las crestas de los macizos, tan escarpadas, trazan la línea del cielo. Bajo los peñascales de los riscos, se observan los contrastes, llenos de matices surgidos al azar, de los colores de las laderas, que cambian pausadamente a lo largo de las estaciones, compuestos por retazos de pastizales, de brezos, de piornos, zarzales y tomillos y por pinares de reciente repoblación y algunos chopos, alisos y encinares y por los robledales, que se tornan en colores cobrizos en otoño.

En el Tormes, en la curva que describe el río en torno a El Barco para tomar rumbo norte, confluyen las gargantas que traen el agua que se despeña desde las cumbres. Tienen nombres que evocan tiempos antiguos, casi míticos: «Los Caballeros», «La Nava», «Galingómez», «Aravalle». Alisos y

fresnos dibujan la trayectoria de sus cursos, que van marcando la arista cóncava de los valles, y el murmullo de sus hojas y sus ramas se une al sonido del agua que discurre entre las rocas que conforman cada cauce. Es la ribera. Allí se combinan armoniosamente el silencio del campo, la música del agua y el susurro de las hojas. A lo largo de los siglos los hombres han construido su paisaje: han cerrado prados, han cavado huertas, han trazado canales y regaderas y han cultivado manzanos, hortalizas y judías.

Nuestra villa es un pueblo privilegiado. Por sus tierras, sin duda. Y por sus gentes. Ha habido quienes llegaron a ocupar puestos destacados en la historia. En este libro se cita, por ejemplo, a Juan del Barco, a Pedro de la Gasca o a don Nicolás de la Fuente Arrimadas. Hay muchos más, otras muchas personas, cuyo número es imposible cuantificar, que nacieron, vivieron y murieron en la villa. Ellas han contribuido, generación tras generación, a construir y conservar este pueblo: el trazado de sus calles y plazas, la muralla, el viejo castillo de Valdecorneja, que se alza imponente sobre el Tormes, la calle mayor y la plaza porticada, donde destacan algunas fachadas blasonadas, la iglesia parroquial, las ermitas y tantos otros edificios de carácter singular, y los puentes que cruzan el río. Es todo él un importante conjunto monumental.

Aquí vivieron siempre gentes sencillas, laboriosas, hospitalarias, austeras. Se dedicaron al comercio con los pueblos de la comarca, a la artesanía, a la agricultura y la ganadería. Como ellos, un muchacho humilde que se crió aquí en el siglo XI, Pedro del Barco, se dedicaba a cultivar las huertas de la ribera. Dicen de él que era huérfano y solitario, fuerte, austero y tendente a la contemplación; que con el tiempo esto le llevó a la religión y fue clérigo y se dedicó

al apostolado; que fue canónigo en la abadía de Párraces, en el obispado de Segovia; que, cuando se hizo viejo, regresó a su tierra, junto a Pascual Arnulfo, el santo de Tormellas; que murió en olor de santidad y que, por designio divino, fue enterrado en Ávila, cabecera de la diócesis, en la iglesia de San Vicente. Cuentan que su muerte y su entierro fueron acompañados de milagros obrados por su intercesión y que fue aclamado como santo.

Como decía el cardenal Tabera en el prólogo de este libro, las virtudes del trabajo, la sencillez, el ascetismo y la espiritualidad fueron las virtudes que le llevaron a ocupar un lugar significativo en el santoral de la Edad Media e hicieron que su figura contribuyera a forjar la mentalidad colectiva de los cristianos abulenses a lo largo del tiempo. No en vano le invocan los reyes de época medieval y le citan continuamente los historiadores locales de la Edad Moderna. Hoy, además de la importancia que pueda tener en el ámbito religioso, se ha convertido en un elemento de identificación, en un signo capaz de aglutinar en torno a sí a todos *los barcenses de nacimiento y de corazón*, capaz de reforzar sus sentimientos de pertenencia a una misma comunidad, con lugares de veneración, como el altar de la iglesia de San Vicente de Ávila y la iglesia del Santo en El Barco.

Francisco Mateos, siempre preocupado por investigar y difundir la historia y la cultura de este pueblo, le dedicó este libro titulado *Surco y flor: San Pedro del Barco*. Fue publicado en 1969 formando parte de la colección «Temas Abulenses» y contó con la colaboración de los fotógrafos Vistabella, Alarde, Vega, Cruz, García Díaz, Mayoral y Monje y del dibujante Sánchez Merino, a quien se deben las ilustraciones. Hoy, el Ayuntamiento de El Barco de Ávila y la Institución «Gran Duque de Alba» han decidido reeditar esta

obra de Francisco Mateos. Conserva el diseño original y solamente se han actualizado las fotografías, cuyo autor es Sergio de Vega Ampudia. Deseamos que cada vecino de El Barco tenga un ejemplar del mismo y esperamos con ello contribuir a la difusión del conocimiento de nuestro pueblo y de nuestros personajes históricos.

AGUSTÍN GONZÁLEZ GONZÁLEZ,
*Alcalde de El Barco y
Presidente de la Diputación*

PRÓLOGO

Un santo no es un personaje mítico. Es un hombre de carne y hueso que tomó en serio el evangelio y fue fiel, contra viento y marea, «a su eterna vocación a la santidad, en el amor, para alabanza de la gloria de Dios» como diría san Pablo.

El recuerdo viviente en el pueblo en el que un santo nació, o en el que vivió, o en el que luchó las duras pruebas de su existencia es algo más que un mero recuerdo, o un simple estímulo a la veneración o a la invocación; y algo más, también, que una mera ufanía colectiva por el hecho histórico de un paisanaje con un hombre que, a fuerza de heroísmo cristiano, dejó huella en la historia y adquirió limpia nombradía en los más puros anales del hombre y de la Iglesia.

Es afortunado el pueblo que puede ufanarse de tener un hijo en los altares. La tradición de su vida y virtudes, la lectura en libros y en crónicas de los avatares de su peregrinación vivida en sus reales acontecimientos y perspectivas, y hasta las leyendas ingenuas y bellas que orlan y sahuman la prosa dura de un subsistir humano, al que la gracia y la fidelidad le dan quilates y contextura divina, forman ambiente, piden imitaciones y están urgiendo a que cada uno, en el pueblo, siga huellas muy cercanas y caminos que, sencilla y valientemente, siguió alguien que respiró los mismos aires, sació los ojos en los mismos paisajes

entrañables que nosotros y trajinó por las mismas calles y en los mismos quehaceres en que nosotros trajinamos.

San Pedro del Barco es una gran gracia, más que una gran gloria, para nuestro pueblo. Aunque pasen siglos y siglos —¡ojalá que así sea!— nuestras calles, aun perdiendo sus nombres primitivos y entrañables, no perderán el perfume de ejemplaridad y de gracia de nuestro Santo. Y con solo asomarnos a la bellísima Ribera podremos ver o entrever su silueta austera de asceta, y con solo abrir los libros breves que narran los hechos de su vida, pocos por cierto que, avaros, nos legaron la tradición o los documentos, podremos apreciar el estilo depurado de su espiritualidad que marcó una larga y azarosa existencia, hasta que, cara al imponente y recio paisaje, rindió tributo a la muerte.

Todo ello, como toda gloria histórica obliga, no sería poco que, al menos, el hecho lejano de la existencia de Pedro del Barco entre nuestros antepasados, y su recuerdo perennemente avivado entre los actuales, nos gritara a todos una cosa que el Concilio, tan fecundo en redescubrimientos y en recordaciones, pone ante la conciencia —sorprendida y atónita— de muchos de los cristianos: la obligación insoslayable de avanzar por diferentes caminos, sí, a la única meta, alta y bellísima, de la santidad cristiana, que se nutre y se fragua momento a momento, no con grandes hazañas y empresas, sino con sencillas y elementales tareas en la huerta o en el taller, en el comercio o en la oficina, en el sacerdocio o en el matrimonio, en un esfuerzo cotidiano y auténtico de ser fiel a la gracia del Espíritu.

Mi paisano Francisco Mateos, autor de este valioso trabajo, —al que ha puesto un título que es todo un poema: «SURCO y FLOR»— eso, sin duda, pretende.

En una prosa, en que a tiro de ballesta se denuncia su devoción entusiasta por el más ilustre hijo de este rincón bellissimo en el que, como símbolo, se aúpa al cielo el gigantesco macizo de Gredos, nos da la vida de nuestro Santo. Él la pone con toda ilusión en nuestras manos.

Tiene el libro algo de espejo y de estímulo. Pero, creo yo, que la devoción que quiere avivar en sus páginas, habrá de consistir en algo más que en colocar el libro de la Vida de San Pedro del Barco en los anaqueles de la biblioteca familiar, o en tener su imagen expuesta en las paredes hogareñas. Lo que importa es llevar su figura moral grabada en el alma y sentir, al contacto de su recuerdo, la llamada a la santidad.

† ARTURO TABERA,
Cardenal-Arzobispo de Pamplona

 Institución Gran Duque de Alba

DECLARACIÓN

Por ser español, por ser católico y barcense, confieso que admiro entrañablemente la simpática figura de san Pedro del Barco.

Si nuestro pueblo ha dado a la Humanidad un ramillete de ilustres personalidades, entre todas destaca singularmente el hombre humilde que alcanzó la santidad.

Sabemos que, a las órdenes de Cristóbal Colón, fue a descubrir América Juan del Barco, marino, aventurero y soñador de lejanos horizontes, forjado en la ilusión y la angustia de una gran epopeya. Su vida abrió en el océano «un ancho camino a la gloria de España», para luego morir trágicamente, con todos sus compañeros, a manos del cacique Caonabo en el Fuerte de la Natividad.

Tenemos noticias históricas que nos muestran a Pedro de la Gasca como clérigo y hábil político, pacificador del Perú; personaje enérgico que se granjeó la estima de los españoles y la admiración del Emperador.

Bautizado en El Barco de Ávila, donde aprendió a leer y escribir, bregó con su sotana y su breviario por la agreste orografía de los «incas». Finalizó su caminar humano siendo obispo de Sigüenza. Ahora descansa en un artístico mausoleo de jaspe en «La Magdalena» de Valladolid.

Conocí a don Nicolás de la Fuente Arrimadas, anciano e inquieto, adornada su venerable cabeza de rector con los flecos rizosos de su barba blanca, cuya vida transcurrió tomando datos para plasmar en dos volúmenes la historia de El Barco. Como una visión de leyenda recordamos el paso de

su coche de mimbres, tirado por lustrosos caballos camino de la huerta Herrera. Nació en 1849 y murió en las postrimerías nevadas de 1936.

Pero todos los barqueños famosos que existieron hasta aquí, con su cúmulo de virtudes, quedan eclipsados en el firmamento de nuestra patria chica ante el brillo de un astro de primera magnitud.

Por eso he recogido con emoción los rasgos dispersos del penitente de la Ribera del Tormes y el eco de su paso por la tierra de Castilla. He indagado en documentos y archivos para ofrecer con la más exacta fidelidad el conjunto biográfico e histórico de una excelsa persona a quien los barcenses no podemos olvidar.

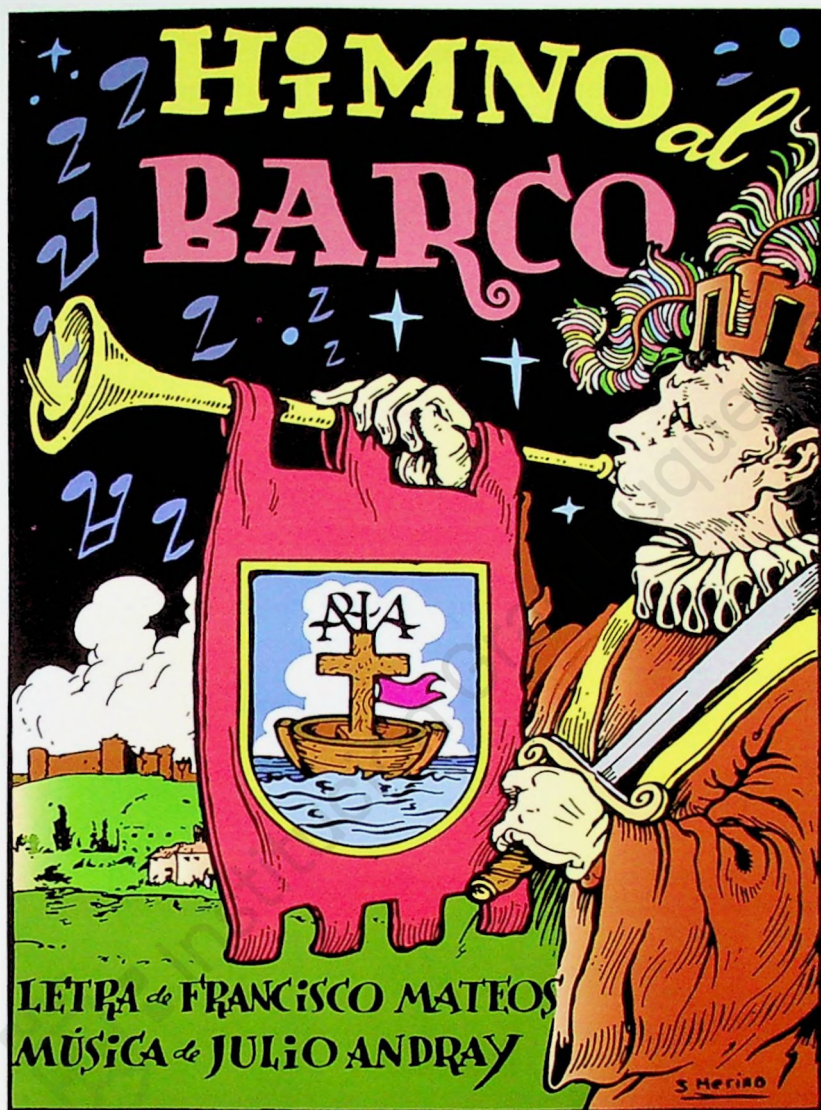
¿Cómo se va a hablar de Pedro, labrador y asceta, sin dar detalles de El Barco? ¿Cómo puede uno referirse a esta villa risueña, profundizando en la sima de los siglos, sin que alloren los vestigios de esa vida ejemplar?

Pedro del Barco está unido a su pueblo como la raíz al tronco y el perfume al tomillar. Si se hiere a uno, padece al mismo tiempo el otro. Son lienzo y escudo de una sola bandera tremolante en los confines abulenses, a 1.027 metros sobre el nivel del mar.

Pedro, el hombre que dejó una huella, un surco rectilíneo que se inicia junto al verdor de un río famoso y se pierde en la lejanía buscando la luz del amanecer.

Y El Barco, un pueblo de gran vitalidad y extraordinaria hermosura, con muchos y destacados defectos, pero que atrae y subyuga como la pasión que provocan los caprichos veleidosos de la mujer amada. Núcleo rodeado de naturales encantos. Fuente de inspiración de vates y pintores.

Del eco de entrañables sentimientos surgieron unas estrofas, tejidas con la música que creó el ánimo sensible y observador de un barcense que ha regalado a su pueblo, desde el año 1963, una partitura que llega hasta los huesos.



Declarado Himno oficial de la Villa en sesión extraordinaria del Excelentísimo Ayuntamiento, celebrada el 29 de agosto de 1963.

Una marcha fogosa que luego se torna en cadencias de exaltación de nuestras grandezas, para concluir en un doble estribillo impregnado de emoción. Melodía que pasará de unas a otras generaciones barqueñas con antorcha de llama inmaterial:

En la piel ondulada de Castilla,
en confines de blancura y de verdor,
ante Gredos, ciclópea maravilla
que hizo al Tormes su mágico cantor,
se extiende en abulense geografía
un pueblo que enaltece a la Nación
por su fama, trabajo e hidalguía,
por su cruz, su bandera y su blasón.

El Barco es cuna de un Santo glorioso
y de un marino que fue conquistador.
El Barco es nave que con rumbo airoso
regaló a la Historia un Pacificador.
Orgullo y prez de la tierra de España;
castillo roquero de su corazón.
Te admiro y quiero con llanto que baña
la hondura vibrante de nuestra canción.

El Barco, el Barco...
Tus amores,
aunque vaya muy lejos,
no los olvidaré.
El Barco, el Barco...
Tus fervores,
engarzados en besos,
con fe recordaré.

El Barco, el Barco...
En tu suelo
de irisaciones bellas
quisiera yo morir,
y en el cielo
de tu vela de estrellas
soñar y pervivir.

Marcial

A handwritten musical score for a piece titled "Marcial". The score is written on 12 staves. The first staff begins with a treble clef, a key signature of one flat (B-flat), and a 2/4 time signature. The music is composed of eighth and sixteenth notes, with several triplet markings (indicated by a '3' over a group of notes). A dynamic marking of pp (pianissimo) appears on the 10th staff. The score concludes with a double bar line and a final key signature change to one sharp (F#).

 Institución Gran Duque de Alba

NACIMIENTO

Transcurre el año 1080. La larga guerra de la Reconquista tiene un paréntesis de calma. Alfonso VI ha realizado la segunda unión de León y Castilla. El Cid Campeador, que fue portaestandarte de Sancho II y que exigió el famoso juramento de Santa Gadea, atrae hacia sí el enojo real.

En la jefatura de la Iglesia se halla el pontífice Gregorio VII. Está muy reciente la abolición del rito mozárabe, sustituido por la uniformidad de la liturgia romana, en virtud del convenio suscrito por la autoridad del Monarca y el legado del Papa, cardenal Ricardo.

En esas fechas, el pico más elevado de la sierra de Gredos se viste de nieves perpetuas y es conocido con el nombre del moro Almanzor.

El Tormes —aguas o fuentes de toros— antes de pasar frente al recinto amurallado de El Barco se interna en un bosque en el que silba con reclamos amorosos el pardo y humilde ruiñón. Lugar escogido por las alimañas para guarecer sus vidas y amamantar sus crías.

El nombre de El Barco, grabado en el lenguaje de los vetones, data de tiempos lejanísimos, sin que pueda precisarse la época de su titulación. Arrimadas deduce que la topografía del valle en forma de nave, calificó certeramente a nuestra población. Es verdad que al otear la hondonada desde La Canaleja, se dibujan popa o proa en el desfiladero de Santiago y en el Puerto de Tornavacas. Sin embargo, la tradición enmarcada siglo tras siglo en el escudo local, atestigüa que este patronímico tan sonoro y entrañable, se

le dieron en fértil y poético bautismo las aguas del Tormes, cuando un barco iba de una a otra orilla antes de que el puente romano se mirase en el acuoso cristal.

Al otro lado de la corriente, junto a la calzada, hay unos peñascos ribeteados de musgo, nacidos en un suave declive, donde doscientos años más tarde había de construirse la ermita del Humilladero; santuario creado por el fervor de un pueblo hacia el Cristo milagroso que llegó sobre las aguas crecidas del río.

Unas barquichuelas surcan lentamente el Tormes llevando a unos hombres curtidos por el sol, con cargamento de redes y de peces.



Mapa con las divisiones políticas del país durante el transcurso de la vida física de Pedro del Barco.



El Tormes, con la iglesia al fondo, a su paso por el puente románico.

El castillo, vigía permanente de lo que fue antiguo castro barqueño, aparece con los adarves mordidos. Por las puertas de las murallas entran y salen los labriegos, los tejedores y comerciantes acompañados de sus jumentos. Por ellas huyeron los derrotados ejércitos musulmanes. Sobre las almenas, semiderruidas, cruzan sus vuelos los vencejos y las golondrinas.

En una casa de dos plantas, próxima al Lanchado, ha nacido un niño. Este acontecimiento no ha turbado el ritmo habitual del vecindario. Los chiquillos juegan a la «taba» en los soportales de la plaza; las jóvenes llenan cántaros de agua en la regadera que hoy llamamos de la Villa, diseñada y construida durante la dominación sarracena. Sobre sus cabezas portan las vasijas de barro, sostenidas con grácil y acompasado equilibrio en las pendientes calles



Ermita del Santísimo Cristo del Caño.



Imagen veneradísima del Santísimo Cristo del Caño.

empedradas. Las viejas tienen extraordinaria habilidad para trabajar el lino. La rueca y el huso giran con destreza en los hogares barqueños, donde se cuentan anécdotas impresionantes de la batalla que se dio a los moros en la Vega del Escobar. Se habla de la evidente protección de Santiago a las huestes del Rey español.

Pero en una alcoba, a la que llegan los ecos y la fragancia de la alta primavera, hay un presentimiento y una profunda alegría. La mujer piedrahitense que ahora es madre, ha visto realizada su ilusión después de prolongados años de esperanza. Su esposo, labrador acomodado, natural de El Barco, ha agradecido a la Providencia el regalo del hijo único, destinado a fortalecer aquella unión conyugal. Ya hay un descendiente, heredero de los bienes reunidos con trabajo y privaciones. Y hay, además de pequeños labrantíos, unas tierras ásperas, no surcadas por el arado, que esperan tranquilas el milagro de las flores, del agua, de la conversión y de la santidad.

Aunque en el archivo parroquial no existen documentos anteriores al siglo XVI, es fácil presumir que en los legajos desaparecidos no estuviese la partida de bautismo de aquel infante marcado con el nombre del príncipe de los apóstoles, ya que fue a partir del Concilio de Trento cuando comenzó la Iglesia a registrar los datos personales de los que recibían las aguas regeneradoras. Quizá el sacerdote que puso sus manos sobre aquella criatura en la ceremonia bautismal sospechó que estaba trazando la filiación de un santo en el ejercicio de los elegidos.

INFANCIA Y JUVENTUD

Envejece el siglo XI. Sobre las construcciones urbanas de El Barco se destaca la sobria estructura de la ermita de los Mártires, a extramuros, en el ángulo que hoy forman las carreteras de Ávila y La Horcajada; antiguo templo erigido en memoria de los que dieron sus vidas siguiendo la doctrina que predicó en estas tierras el anciano y ardoroso san Segundo, primer obispo de la porción avilesa. También pueden contemplarse desde cualquier altozano los muros de la iglesia del Sancti-Spíritu, construidos hacia el año 573.

Pedro del Barco aprendió la enseñanza catequística en nuestro templo mayor, que no tenía la bóveda de crucería que actualmente admiramos. Pero no asistió solo, sino con los niños de aquella generación. Todos recibieron el influjo, los relatos y el amor de la vida del Maestro. Los episodios maravillosos que jalonaron la existencia terrena del Rabí fueron modelando y enardecendo el corazón infantil de nuestro paisano.

Balbucían en su ánimo la dulzura y el cariño hacia los padres. En su hogar se alternaba la dicha con el sufrimiento; la calma del sol acariciante y los bramidos del viento sur que le asustaban en las noches oscuras del invierno. La lectura de libros y hojas manuscritas trazaban la biografía de los santos, el suplicio de los mártires y las hazañas de patrióticos guerreros. En el santuario familiar, la infancia de Pedro veía en los ojos de su madre a la mujer limpia, hacendosa, de bondad acrisolada, y en el padre la fortaleza de ánimo y el fiel cumplimiento de sus compromisos cívicos y religiosos.

Don Juan Arrabal Álvarez, párroco de la Villa y uno de los barcenses más enamorados del asceta de la ribera del Tormes, refiriéndose a los progenitores del Santo destacaba con singular empeño el importantísimo papel que en la formación espiritual de Pedro del Barco ejerció la educación que sus padres le proporcionaron. Cristianos fervorosos, cuidaron esmeradamente que desde niño aprendiera a cumplir sus deberes y de ello hicieron un culto que pronto dio abundantísimos frutos de virtud y enseguida de santidad. ¿Qué gloria mayor para los padres —continúa Arrabal— que la de ver florecer en los hijos la semilla que sembraron en sus almas? El mérito valiosísimo que se tiene ante Dios repercute también ante los ojos del mundo. ¿Quién se acordaría, a estas fechas, después de varios siglos, que existió un matrimonio que de modo ejemplar cumplió tan sagrados deberes? Con la gloria del hijo brilla esplendoroso el triunfo de sus padres.

Intuimos que es una gran satisfacción para cualquier barcense pensar que aquel niño, llevando una cestilla por los senderos de la Ribera, vio los mismos horizontes que ahora contemplamos, entonces con más arbolado, pero con las mismas o ligeras variaciones geológicas que presentan las montañas circundantes. La Cuesta de las Viñas, con sus picos de Santa Bárbara y del Bujo; la prominencia piramidal de la sierra de La Nava, la silueta del obispo muerto, en Solana; la elevación cercana a Bohoyo, que preside el valle y sus ondulaciones como una noble y singular matrona...

Pedro recorrió muchas veces los puestos y tenderetes del «Arzovejo», mercado árabe a la entrada de la Plaza Mayor. Sus pies transitaron veloces por la larga calle de Ávila, principal arteria del barrio de la judería, desde la puerta amurallada de Piedrahíta hasta el arco de la calle del Río... Y sonrió ante las danzas del «brinco serrano» ejecutadas por parejas y grupos juveniles al son de la gaita íbera, rematadas con el «igigí» vetón. Y se entretuvo —curioso—



El magnífico órgano barroco de la iglesia de Ntra. Sra. de la Asunción.

viendo a los hombres fornidos alternando las deportivas tiradas de la «calva» con la libación del vino contenido en las pequeñas ánforas de la artesanía local.

En la más importante iglesia barqueña, el hijo único de aquella pareja labradora recibió la primera comunión. Llegó al altar, dedicado a la Virgen, acompañado de otros niños de su edad, mientras la madre le miraba llorando de emoción y el padre, encanecido, contemplaba la escena arrodillado y tembloroso. ¡Feliz día! Esa unión íntima del Señor con el niño barcense no se destruyó jamás. Hubo luchas terribles entre las concupiscencias y su temple angelical. Pero así tenía que ser por su condición humana, pues los santos reciben con más ímpetu e insistencia los dardos disparados por el embrujo de Luzbel. Pedro del Barco encontró en la Eucaristía la medicina que curó sus miserias y la fuerza que fue dando impulsos a su grandeza espiritual.

Aquel niño se distinguía por su piedad, apartándose de los juegos violentos y de las travesuras a que estaban sometidos los chicos de su tiempo. Practicaba la oración, los ayunos y las limosnas. Parte de los manjares que su madre le servía, la guardaba sigilosamente para entregársela a los mendigos. Su mirada curiosilla y compasiva seguía de cerca al paralítico y al harapiento que imploraba la caridad pública con acentos lastimeros.

Cuando fue mozaibete, muchos de sus convecinos se reían de su proceder, achacándolo a cortedad de espíritu. Hubo jóvenes osados que llegaron a mofarse públicamente de aquella actuación incomprensible. En los alrededores de El Barco, cerca de los arcos de las calles de la Gallareta y del Puente, sonaron las palabras chocarreras; se dibujaron los gestos del ridículo y la burla, y se estrellaron las piedras desprendidas de manos envidiosas sin que hicieran el blanco preferido. Pedro del Barco, como reflejo fiel de la vida de Jesús, tendría poderosos enemigos desde la niñez hasta más allá de la muerte. Nacidos unos en el pueblo donde por vez

primera sus ojos contemplaran la luz. Nacidos otros en diversas latitudes, pero confabulados por vínculos misteriosos para tratar de arrebatarse una gloria que, por más que se empeñen, no podrán debilitar. Acá quedó su paso. Aquí quedó, marcado a fuego, lo más sobresaliente, lo más anecdótico e histórico de su vida.

Pedro del Barco, tomado por pusilánime, tenido por ignorante, tildado de mentecato, iba a demostrar calladamente la verdadera heroicidad del ser humano. Iba a proporcionar más prestigio a su pueblo que aquellos «valientes» que se burlaban de su extraordinaria virtud. Trabajaría la tierra mucho mejor que los labriegos de entonces. Iba a regarla con el sudor de su frente y con las gotas de sangre desprendidas de sus voluntarios sacrificios.

Sabido todo esto, ya es fácil explicarse que el páramo enmarañado se convirtiese en exuberante vergel y que el rostro y la bondad de Dios tuviesen un espejo, terso y fiel, en la planicie feraz de la ribera de El Barco.

 Institución Gran Duque de Alba

LABRADOR Y PENITENTE

Joven, pleno de vigor y lozanía, cuando ya se quedó solo y sus padres habían sido enterrados muy próximos a su casa y muy cerquita de la iglesia, se retiró a la soledad campestre, rodeado de intrincadas zonas salpicadas de peñascos, donde crecían voluptuosamente zarzas bravías y elevados sauces, alisos y fresnos oscilando al viento. Su vivienda de El Barco quedó cerrada y silenciosa.

Dice Fray Luis López de Lillo que era tal la pureza de su santidad y de su vida de trabajo, que así como a Mariano, monje bituricense, le obedecían los canes, a Columbano abad unos osos y a Remigio —varón santo— unas pintadas avecillas; de la misma suerte a nuestro san Pedro del Barco se le venían a la mano los ciervos, las cabras monteses y otros animales feroces, plasmando esta maravilla, durante muchos años, la pintura que se conservó en la antigua ermita de la Ribera, entre otros milagros de su vida portentosa. Aguardaban dócilmente aquellos animalitos la licencia y bendición de Pedro para retornar a los parajes selváticos de la comarca.

Cultivando la tierra, plantando árboles, haciendo oficio de jardinero, bordaba en la corteza barqueña la fertilidad y la base de una herencia fecunda que iba a ser famosa en el ámbito universal.

Juan de Solís asegura que en breve tiempo convirtió terrenos baldíos y espesísimos en lugares deliciosos. Vivía en rústica casita, al lado de una fuente que con sus propias manos alumbró, cuyas aguas mitigaban los calores del verano, brotando templadas en las mañanas vestidas de escarcha y de nieve.

Al llegar el alba, los pajarillos le despertaban con sus trinos, entonados ya en las ramas secas del saúco o en las frondosas copas de los árboles. Dos corzas, alimentadas con el berro de los arroyos y los brotes de las zarzas, le estaban pacientemente sumisas, hasta que las ordenaba retirarse de su lado. Ellas, con sus brincos sorprendentes, con sus saltos de relámpago, le servían de correo en la comunicación que sostenía con su íntimo Pascual Arnugo, vecino de Tormellas, que, como él, hacía vida penitencial en las proximidades del edénico pueblo castellano.

Algunos autores como Ariz y Cianca (1), quizá confundidos por el lugar de origen de san Pascual, contemporáneo y amigo entrañable de nuestro Santo, señalaban erróneamente a Tormellas como punto de su nacimiento.

Marineo Sículo, en el *Tratado de las cosas memorables de España*, Libro 5.º, Folio 33, dice que fue natural de Ávila. Luis Vázquez, que corrobora esta idea, manifiesta que el llamarse «del Barco» se debe a su apellido, puesto que en la ciudad abulense existió desde tiempos antiquísimos este linaje de caballeros cristianos que, con título de mozárabes, como los Orejones, Palomeques y otros nobles de la época, se quedaron en Ávila a pesar de la dominación musulmana.

Si ante la localización de la «patria chica» de muchos hombres ilustres han surgido dudas y opuestas opiniones, no es de extrañar que haya sucedido así con el lugar natalicio del glorioso confesor san Pedro del Barco.

El cronista Gil González Dávila, en unión de la mayoría de los autores, afirma solemnemente en la segunda parte de su *Teatro Eclesiástico* —folio 250— que el bienaventurado Pedro nació en la nobilísima Villa de El Barco, dentro de

(1) Ariz, *Grandezas de Ávila*, 1ª parte, libro 2.º, folio 38. Cianca. Libro 1.º, capítulo 21, página 41.



San Pedro del Barco con sus dos corzas.

cuyos muros se encuentra la casa donde vino al mundo, donde vivió y murió, hoy convertida en templo dedicado a su recuerdo y a su celestial honor.

Durante su vida de retiro en la Ribera era tal la distribución del tiempo, con tan exacto compás y medida, que iba adquiriendo, ante la brisa del Tormes y los aires purísimos de Gredos, nuevos talentos en la escuela amorosa del Señor.

Sus ayunos eran continuados. Una cadena, el adorno y la disciplina de su cuerpo moreno. Su cama, la tierra desnuda. Su almohada, una piedra extraída de las parcelas de labor. Por menaje, un cuenco de madera, sencillo y milagroso, que por muchos siglos existió.

Con el celo de padecer por Cristo no buscaba humanos alivios ni consuelos exteriores, porque anhelaba los goces del espíritu que durarían para siempre.

Su alma se elevaba del mundo, alternando el durísimo trabajo con la ardorosa contemplación, hasta que los coloquios con Dios le producían éxtasis prolongados.

En la soledad estudiaba los misterios de la Providencia y se imponía en la doctrina eclesial. Esto no le impedía leer en el libro de la Naturaleza el desarrollo de las plantas, la metamorfosis del gusano, la atracción primaveral de las aves, los fenómenos de los crepúsculos rosados, del arco iris y de la tempestad, sino que la observación de estas maravillas le servían de estímulo para acercarse más al Artífice supremo.

Conocía detalladamente la llegada a los parajes barqueños del andarríos o mirlo de agua; del abubillo, monótono cantor en las mañanas de abril, del velocísimo vencejo, del randrajo, de los bellos abejarucos que marcan con su acento la plenitud de la estación canicular...

En su retiro de trabajo y oración, y a la vista de las murallas barcenses, presencié durante las épocas invernales los vuelos caprichosos del «reyezuelo», el pájaro más pequeño de Europa, con penacho de color naranja o limón; la disciplina



Detalle de la Ribera, en las proximidades de la Huerta de San Pedro.

de las avefrías sobre la ondulación verdosa de la campiña, junto a los regatos del agua desprendida de los hielos. El planear incesante de las gaviotas...

Estaba percatado de que, en aquellos parajes en que vivía, unos seres dotados de gran sensibilidad formaban parte, como él, de la colosal sinfonía del mundo. La ardilla, el conejo, la nutria avizora. La abeja, chupando de la flor del manzano. La astucia del lagarto, la víbora. El polluelo de perdiz corriendo, tras la madre, con agilidad asombrosa. El líquido susurrante, donde la trucha tiene su transparente dominio...

A pesar de la profunda contrariedad que marcaba en su ánimo la lucha, a veces cruenta, entre muchas especies de la fauna, Pedro era un entusiasta de la obra bellísima, expuesta en el álbum grandioso y colorista de la Creación.

Lleno de vitalidad, fortalecido por una vida rústica y una alimentación frugal, trabajaba con entusiasmo el yermo que, generosamente, le proporcionaba cosechas espléndidas. De la tierra, ahogada por la cizaña, los cardos y el espino, surgió pronto la dorada espiga, esmaltándose los ribazos con la sencillez de la amapola y las «flores del Señor».

SACERDOTE Y APÓSTOL

Pedro del Barco unía a su alma contemplativa y soñadora una vocación apostólica. La belleza de la vida campesina, los vuelos de las mariposas, los días cegadores de luz y las noches quietas, inundadas de estrellas, no le hicieron olvidar el tesoro de su corazón ni los impulsos comunicativos de su espíritu. Mantenía vínculos de gran amistad con los clérigos de los templos barqueños y venía con frecuencia a la parroquia para oír misa, comulgar y recibir los consejos que iban aumentando su candente, íntima y probada vocación.

Una faceta capital en la vida de nuestro Santo, destacada singularmente por sus biógrafos y paisanos don Nicolás de la Fuente y el Padre Guerras de Matías, fue el amor e ilusión que tuvo por el estudio. Nadie debe sospechar que Pedro del Barco fuera un hombre rudo, ignorante, que sólo progresara al contacto de la Naturaleza. Los clérigos de El Barco influyeron en él. Los libros apergaminados, las hojas amarillas, marcadas con lindos rasgos caligráficos procedentes de monasterios gallegos, leoneses y astures, llenaron de ciencia y virtud el alma del labrador.

Testimonios fehacientes de ilustres personalidades dedicadas a la investigación histórica, aseguran que Pedro del Barco alcanzó el grado sacerdotal.

¿Dónde estudió? Las humanidades pudo aprenderlas dirigido por los beneficiados de la iglesia barqueña, mientras que los estudios superiores, aunque no en plan de extensa permanencia, pudo hacerlos en Ávila.

Ya ministro del Señor, los muros de aquella iglesia que le vieron regenerarse en el bautismo, presenciaron muchas veces su ofrecimiento en el altar. Las manos encallecidas por el trabajo, con rasguños de espinas, acostumbradas a ejercer la caridad, sostuvieron el blanco cuerpo de Cristo, mientras sus ojos querían atisbar la hondura misericordiosa de su corazón.

De las cosechas de sus tierras daba a los indigentes con cristiana largueza, procurando acentuar su caridad más en tiempos de escasez que en periodos de abundancia.

Del fuego de su espíritu por la salvación de los demás, un rasgo emotivo nos abre de par en par las puertas de su alma.

Supo de la pasión sensual de una joven atractiva, con ojos negros, de brillante y larga cabellera, que vivía en una casucha de los aldeaños barcenses. La hermosa mujer, a quien se la conoció y se la cita siempre con el sobrenombre de «la gitana», esperaba entre la fronda ribereña el encuentro pecaminoso. Eran muchos los desvíos de la atrayente y guapa muchacha. Eran tan incontables sus relaciones de impudor que Pedro se presentó allí, sin vacilación y sin prejuicios, pensando en rescatar de la culpa a un ser que declinaba. Se acercó a ella y usando del celo apostólico de su palabra consigue retirarla del abismo pasional. La joven, que al principio se enfurece y después duda, por fin se arrepiente y confiesa sus pecados, con la esperanza de cambiar de vida. La sinceridad brotó de sus labios y por sus mejillas, tintadas de suave rubor, rodaron unas lágrimas fugaces, tímidas, ardientes... que la corteza de la tierra disolvió.

Al participar al sacerdote los secretos de su espíritu angustiado, al hacerle confidente de la soledad, de los desprecios y abusos de sus convecinos y de la penuria económica en que se hallaba, el Santo predicó con el ejemplo, haciéndole donación espontánea de una de sus más productivas fincas, labrada con aquellas manos que hicieron una cruz de perdón sobre la cabeza de la mujer compungida.



«La gitana», arrepentida, a los pies de San Pedro.

La tierra, puesta en venta, fue más tarde la dote para que la joven pudiese ingresar en un convento abulense.

La escena —dice Arrabal— encierra el símil evangélico de la conversión de la samaritana, sin el agua herida del pozo bíblico, sin la presencia física del «Hijo del carpintero», pero con su apoyo incommensurable y eficaz. En aquel silencio, la arrodillada penitente oyó cantar a las cascadas del río y creyó ver, en las sandalias de Pedro y en la estameña descolorida de su túnica, los pies ungidos del Maestro y la orla milagrosa de su vestido.

Grande y bella lección que san Pedro nos legó en su vida, brillando con luz esplendorosa; pues a mayor desprendimiento de bienes, más era la abundancia de tesoros celestes que iba acumulando en su corazón.

La heredad histórica del relato existe hoy hacia el sur de la Ribera, frente al Molino de la Luz, con una extensión aproximada de diez fanegas de linar y con el título poético y tradicional de «Huerta de la Gitana».

PÁRRACES

La fama se va extendiendo. Así como el himno y el amor no pueden estar mucho tiempo escondidos, la santidad y sus reflejos tampoco pueden permanecer indefinidamente bajo el celestín. Por eso Pedro, que había determinado pasar inadvertido dedicándose al cultivo de la tierra y al laboreo de las almas en las proximidades del Tormes, llegó a ser conocido por ganaderos, mayores y pastores segovianos que cruzaban estas tierras por el puerto de Tornavacas y por los senderos de Sierra Liana, dirigiendo sus rebaños hacia el clima benigno y la hierba alta y jugosa de Extremadura.

Parece ser que de la bondad y sabiduría de nuestro paisano tuvo certeras referencias el entonces obispo de Segovia Pedro de Agén, monje cultísimo, nacido en la ciudad francesa de Agén, situada en la ribera del río Garona, hoy convertida en capital del departamento de Lot. De allí logró traerle el arzobispo Bernaldo, que a la sazón ocupaba la vieja e histórica prelatura de Toledo.

Don Pedro de Agén, obispo de Segovia, nombró a san Pedro del Barco canónigo de su catedral.

Más tarde, el prelado y cabildo segovianos donaron al maestro Navarrón y a otros compañeros su casa y granja de Párraces, donde fundaron un convento de canónigos regulares bajo la advocación de Santa María. Fue entonces cuando Pedro del Barco, deseoso de una vida más austera, marchó con Íñigo Navarrón a Párraces, lugar encantador alejado de rutas, a cinco leguas de la ciudad, entre poniente y mediodía. Allí levantaron las caídas paredes y encendieron el fuego de apagadas cenizas.

En la zona más ubérrima de la tierra segoviana, Pedro alababa a Dios cumpliendo ejemplarmente las reglas monásticas y embelleciendo y roturando el paisaje, como años antes lo hiciera en la epidermis bravía de la cuenca del Tormes.

De su estancia en ese célebre monasterio castellano, regido por las observancias de san Benito y san Agustín, queda una carta fechada en la era 1186 (año 1148) llamada de conmutación o «reverendum», relacionada con la tercia del diezmo que pagaban los canónigos de Párraces al cabildo de Segovia en serial de obediencia y filiación. Se lee en ella, entre veintiséis firmas, la de Pedro del Barco, puesta antes que la de Dominicus Collarensis, Archidiáconus.

Siendo el maestro don Íñigo Navarrón promovido a ocupar la sede episcopal de Coria y nombrado Rainulfo para regir la abadía de Párraces, el obispo y cabildo les conmutaron la tercera parte de los diezmos que pagaban, en virtud del siguiente escrito en latín, que hoy se conserva en el archivo del Palacio Real de Madrid y que Diego Colmenares vio en el de la Catedral y en el mismo de Párraces, según manifiesta en su *Historia de Segovia* (Edición 1921) tomo primero, páginas 225-226 y 227.

Este valioso documento, traducido esencialmente al castellano dice así:

En el nombre de la Santa e indivisible Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Maestro Navarro, canónigo de la Iglesia de Segovia, deseando llevar una vida de mayor perfección, pidió humildemente a Pedro, Obispo de esta Sede y a los canónigos, un lugar apropiado para tal propósito. Recibiendo el obispo y canónigos devotamente sus ruegos y deseando comunicar y hacer partícipes de sus oraciones y limosnas, dieron con espontánea voluntad a él y a los demás hermanos allí congregados para la suma perfección, la iglesia de Santa María de Párraces (salvada la reverencia y debida sumisión a la Iglesia de Segovia) con todos sus bienes, menos la tercera parte de los diezmos. Mas ahora, trasladado el Maestro Navarro, por voluntad divina, al obispado de Coria, te concedemos para tenerla



Imagen de san Pedro del Barco, venerada en la iglesia que se construyó sobre la casa natal del Santo.

por entero a ti, hermano Rainulfo, por la gracia de Dios, abad de la iglesia de Párraces y a tus sucesores, dicha Iglesia, con todos sus bienes y también con aquella tercera parte de los diezmos que en la primera donación habíamos reservado para nosotros y nuestra Iglesia.

También te donamos, hermano Rainulfo, por la salvación de nuestras almas, para que con sus tercios tengas igualmente en paz y para siempre las iglesias que al presente posee la de Párraces, a saber: San Isidoro, San Cristóbal, Santa Eufemia y San Miguel. Pero como la iglesia de Párraces tomó principio de la de Segovia y no dejó de percibir, como la hija de la madre, el alimento de la diaria sustentación, en prueba de sumisión y obediencia y también para compensar los referidos tercios, dará la iglesia de Párraces seis arrobas de aceite para alimentar las lámparas de la iglesia segoviana. Entregará también, para refección de los canónigos cuatro carneros, dos cerdos, cuarenta gallinas, cuatro gansos, ocho «medidas» de pan, cuarenta cántaras de vino y una libra de pimienta. Dado en Segovia en la era MCLXXXVI (Año 1148) en el que fue tomada Almería por el gloriosísimo Emperador Alfonso, siendo Almanrico Conde y Señor de Segovia.

La muerte de su protector, el obispo de Agén, la provisión para el obispado de Coria del Maestro Navarrón, la mayor suavidad en la austera vida de la célebre abadía tolerada por el superior Rainulfo, fueron causas que indujeron al canónigo Pedro del Barco a retornar a su pueblo, en el preciso momento que se presentó en Párraces su compañero de infancia y de juventud san Pascual.

Pascual de Tormellas, que estudió en El Barco, viajó por Europa, visitó los Santos Lugares y edificó junto a Olmedo la ermita de Santa Cruz, volvió a la patria desembarcando en la ciudad de Sevilla.

En el año 1149 regresaron a los parajes barqueños, ya viejos, Pedro y Pascual. Enorme impresión produjo en las gentes de estos valles la llegada de los dos ancianos, aureolados por su aspecto venerable, su prestigio y santidad.

Pascual Arnugo marchó a Tormellas, descoso de vivir en el paisaje idílico de su pueblo, como el ave emigrante que quisiera pasar la última etapa de su vida cerca del nido en que nació. De él subsisten unos tenues recuerdos. El borboteo de una fuente surgida entre peñas al conjuro de sus palabras, cuando, cansado por la fatiga y extenuado por la sed, golpeó con la aguijada la ingratitud del páramo. También se conservan las cadenas que doblegaban su sensualidad. La tumba, sin inscripción alguna, se encuentra en el presbiterio de la iglesia, cercana a la casa que habitó.

De la famosa abadía de Párraces, centro de estudios, de trabajo y de incontenidas virtudes, quedan unos vestigios que decoran lo que hoy es finca particular. Una pila de agua bendita, de tosco labrado, sirve de maceta en el jardín. Estatuillas de santos y profetas están colocadas en diversos lugares, próximos a una hermosa piscina. En el interior de lo que fue convento —según expresión de un cronista segoviano— existe una capilla a la que se trasladaron motivos de ornamentación de la desmantelada iglesia, convertida ahora en aserradero de maderas, molino y palomar. En el testero del coro aún pueden verse pinturas murales, muy deterioradas. Lo mejor conservado de este conjunto monumental son los dos claustros, que a modo de galería corren a lo largo de un ángulo recto, sirviendo de soporte a las habitaciones del dueño de la finca.

Párraces y su abadía tuvieron la propiedad de numerosos caseríos. Sus heredades alcanzaron los términos de Rueda y Medina del Campo. En tiempos fue anexionada al monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Don Mariano Grau, corresponsal de ABC y miembro de la Academia de Historia de San Quirce, en Segovia, informó que el archivo de la abadía de Párraces sufrió un violento incendio en el siglo XVII. Lo que quedó, junto a lo que después pudo incrementarse, fue incorporado por Felipe II al real sitio escurialense. En el año 1836 los documentos de Párraces se trasladaron del maravilloso monasterio a la capital de la nación.

lelie canonicus archiepsam vitam ducere uolens. ab eiusdem sedis episcopo
 lictus episcopis et canonicis deuote suscipientes eius orationibus et elemosinis
 hic conuocantibus ecclesiam beate marie de parrazes. salua reuerentia et de
 oluntate dederit. Hunc uero magistro. H. ad sancti ecclesie ministerium
 in ecclesiam cum omnibus bonis suis. et etiam illam tertiam partem elemosinarum qua
 ecclesie ex integro habendum coeundi. Ecclesias etiam illas quas ecclesia de iure in
 ibendas cum suis redditibus et fructibus ecclesie tue pro salute animarum naru donauit.
 que a matre filia suscipe non desinit. ad subiectionis et obediencie exhibitionem.
 et ad conuocanda luminaria in ecclesia seculi. dabit et singulis annis ad re
 l. xxx. m. s. m. m. i. i. filia pipis.

quo capta est almaria. ab impatore ildefonso gloriosissimo. Amantico comite dno in

i. q. Ego petrus septempublicensis archid. of.

canonicus capellanus epi. confirmo. Ego petrus conf. Ego. P. m. of.

Michael of. Ego sanctus rubens of.

Ego C. b. ch. diacon cole tan of.

m. m. c.

Fracción de la carta traducida en esta obra con la reproducción super-
 puesta de la firma de nuestro paisano. Fotocopia obtenida por la amabilidad y
 el celo del padre agustino Gregorio de Andrés, bibliotecario de El Escorial.
 Corresponde al documento existente en los archivos madrileños del
 Patrimonio Nacional.

En el siglo XII, el empleo de las letras mayúsculas y minúsculas no esta-
 ba sujeto a regla alguna. En muchos escritos se usaba la letra minúscula en la
 inicial de los nombres propios. Y como en este caso de la firma de Pedro del
 Barco, la «b» era sustituida por la «u» en múltiples ocasiones.

RETORNO A LA RIBERA

Septuagenario, agobiado su cuerpo por los ayunos e inmolaciones que la voluntad y el cumplimiento de su vida monástica le proporcionaran en el cenobio de Párraces, buscó entre las gentes de la comarca un mozalbete para que le ayudase a ir por las mañanas a la casita o chozo de la Ribera y a volver en el mal tiempo, caída la tarde, a su mansión solariega de El Barco.

Numerosas orientaciones le pedían sus paisanos. Desde las técnicas de la agricultura hasta la solución de intrincados problemas del espíritu. Pedro era un faro potente en el que se resumía la experiencia de sus años y la ciencia acumulada por los estudios junto a la perenne santidad que sus obras desprendían. Labrador de la tierra de Castilla, era a la vez experto jardinero del corazón humano.

Muy poco le quedaba ya de lo que fueron sus posesiones territoriales cerca del rumor de las aguas del Tormes. Sin embargo trabajaba el terruño con tesón a pesar de sus muchos achaques.

Vestía sayal negro con caperuza benedictina. La barba, crecida y blanca, subrayaba la sinceridad de una amplia sonrisa.

La mirada, vivaz y penetrante, que llegaba a los espacios recónditos de las almas, se amortiguaba lentamente, como queriéndose cerrar a las bellezas de esta vida para abrirse poco a poco a la esperanza de la cercana eternidad.

Las atenciones que recibía de la Majestad Divina le hicieron pedir un singularísimo favor: «Deseando, por ser muy

viejo, romper los vínculos que le enlazaban a la carne y unirse con el Soberano Hacedor, se sirviera concederle pronto esa dicha y le avisase el día de su muerte».

Pedro del Barco, hortelano y clérigo, espiritualidad y miseria, polvo y trozo de edén, fue escuchado en sus reverentes súplicas. El Altísimo le dio por señal que, «cuando el agua de su fuente se convirtiese en vino, habría llegado el momento de su traslación».

LA MUERTE

Finalizaba octubre del año de gracia de 1155 y el sol mitigaba con frecuencia los incipientes fríos otoñales. Los picachos de Gredos ansiaban el blanco sudario de la nieve, pero en la campiña barcense el calor aún se dejaba sentir. Pedro trabajó aquel día con ilusión. Labrar la tierra de su heredad era para él símbolo del perfeccionamiento de su espíritu. Sin embargo la sed comenzó a torturarlo la garganta; la respiración empezó a ser fatigosa. Dejó la azada y sentado se limpió el sudor de la cara y el cerco rojizo de sus ojos miopes.

El mozalbete se acercó:

—¿Está cansado? ¿Quiere que le ayude en algo?

—Hermano, sí. Tráeme agua. Una sed abrasadora parece que me quema las entrañas.

El mancebo, preocupado y provisto del cuenco, se dirigió al manantial y corrió hasta poner el recipiente en las manos temblorosas del anciano. Pedro bebió, pero —¡oh prodigio!— aquel líquido no tenía las propiedades del agua, sino que poseía la tonalidad rubí y el sabor de vino generoso. ¿Habría sido víctima de un engaño por parte del doncel o sería ésta, en verdad, la señal irrefutable de su muerte?

—Hermano, me has traído vino y el vino no es nada bueno para la calentura, objetó el anciano, a la vez que derramó por el suelo el líquido odorífero, mandando otra vez al criado trajese agua de la fuente.

Pedro del Barco, aunque fatigado por la actividad febril, quiso cerciorarse si el zagal se acercaba al surtidor; y oculto tras la enramada de la finca observó con emoción que el

muchacho llegaba al manantial y cogía el agua con el cuenco hasta caer por los bordes en el pequeño remanso, donde muchas veces se reflejó su cabeza, y donde se miraron, con las primeras luces del día, inquietos y amorosos pajarillos.

No había lugar a duda; los ojos, cansados por la miopía, pudieron certificar que aquello no era una alucinación. El muchacho llegó al lugar donde se encontraba su amo y maestro, al que respetaba con devoción y ternura, porque de él recibía enseñanzas «vivas» que le mostraban el camino de salvación.

—Hermano, otra le traigo de nuestra fuente —se atrevió a decir el joven— y la he probado y no me sabe a vino, sino a agua, como lo es.

Cogió con reverencia la vasija, comprobó que el agua tenía virtudes de vino milagroso, pronunció esta frase: «Sabed que Dios quiere llevarme de este mundo miserable» y se dispuso a regresar a su casa para prepararse a partir hacia una vida más larga y feliz.

¡Adiós chozo, fuente y aguas cantarinas del Tormes!
¡Adiós cielo y tierra de mi Barco, adiós avechillas, lobos y corzos... Adiós!

Su alma se despidió emocionada de todo aquello que tanto le valió para ascender la escala de la santidad.

Apoyado en su báculo, cortado de la rama de un frutal, y en un hombro del muchacho, comenzó a caminar. El paisaje ribereño, con pinceladas de nostalgia otoñal, vio partir a Pedro del Barco en una marcha sin retorno. La belleza orográfica se alejaba de sus pies vacilantes y una angustia parecía invadir a tanta criatura de Dios que había participado en el capítulo de aquella vida que se extinguía. Los animales domésticos y montaraces que sintieron en su piel la caricia de unas manos bondadosas, los arbustos y todas las plantas del ya encantador vergel, los regatos, el aire, las nubes efímeras y el tallo seco de las flores se impregnaron de llanto



San Pedro del Barco comprobando que el mozalbete coge agua.

cuando la silueta penitencial de Pedro se acercaba a las murallas de El Barco.

Alguien se interesó por su salud cuando cruzó la puerta de la Gallareta; alguien le vio postrarse en el pavimento de la iglesia pidiendo a Dios le diese entrada en su gloria; muchos le vieron llegar a su casa, rendido por una fatiga angustiosa y febril.

Al penetrar en el aposento bajo, donde una piedra le servía de cama, dirigió al criadillo estos sabios y saludables consejos: «Santo hermano: os encargó temáis a Dios y guardéis sus preceptos amorosos, repartiendo con los pobres y menesterosos lo que tuviereis y ejercitando las demás obras de virtud. Pues haciéndolo así confío en la Divina Majestad que gozaréis su celestial morada».

Se acostó sin despojarse de los cilicios que rodeaban su cuerpo. Un sacerdote fue llamado al lecho del enfermo. Pedro del Barco confesó sus pecados y recibió los sacramentos con unción edificante.

Al cabo de tres días de lucha entre la flaqueza de su cuerpo y la asechanza de la muerte, casi extenuado, se puso de rodillas y entre la melodía de su altísima oración pronunció estas fervorosas palabras: «Oh, eterno fabricante de la tierra, mar y cielo. —Tú que estás allá, supremo gobernador de este mundo sin consuelo.—Tú que en la cruz te pusiste, sólo por la libertad del hombre que Tú hiciste y con tu sacrificio le enriqueciste. —Suplícote, gran Señor, me otorgues este regalo, que cualquier pecador que pidiere por mi amor, le apartes de su fin malo. Y los frutos de la tierra, a manos de pecadores, siempre les traigas sin guerra, pues que de continuo encierra tu nombre dos mil loores. —A la sagrada María, Virgen pura, inmaculada, norte, claridad y guía, en esta petición mía la tomo por abogada. —Y pues que en mi Redentor, Pedro, tu siervo, confía, en tu clemencia y favor y en tus manos —oh Señor— encomiendo el alma mía».

Así, abrazado a un crucifijo y levantados los ojos al cielo, entregó su espíritu en la mañana del primero de noviembre.

El joven criado, impresionado y lloroso, no se atrevió a bajar aquellos párpados, plegados en ansia de contemplar la verdadera luz.

La noticia corrió fulminante por todos los barrios de la localidad. Por el judío, con sus orfebres y tejedores, asentado desde la plaza de Málaga, hasta la comercial calle de Platerías.

Por el de los moros, más humilde, compuesto de abnegados hortelanos que tenían sus viviendas alrededor del Campillo. Por el de las Tenerías, acompañado siempre por el viejo rumor de la corriente del río. Por el de los nobles, que ocupaban la mayor parte de la población, de la que era vía residencial la calle del Castillo...

Separados los distintos grupos étnicos por barreras materiales, según marcaba la ley, la muerte del justo abrió las fronteras y unió a los barqueños de rasgos diferentes en un abrazo común.

 Institución Gran Duque de Alba

CAMPANAS DE GLORIA

Pedro del Barco entró en la eternidad cuando el sol amarillento del otoño había borrado del encerado del cielo los guiños de los últimos luceros. Nació a la inmortalidad cuando sus paisanos se congregaban tumultuosamente en la casa mortuoria y las campanas de El Barco, no en lamentables clamores, sino en repiques milagrosos, pregonaban a los cuatro vientos el triunfo y la gloria de un varón admirable. El hecho portentoso del toque de las campanas se hizo también realidad en Piedrahíta y en Ávila.

Por los pueblos de estas comarcas corrió la noticia de la muerte de Pedro del Barco y fueron muchas las personas que se desplazaron de sus residencias lugareñas hasta la habitación donde estaba el difunto. Las gentes del pueblo no pedían por el alma del penitente, sino que le rezaban ya como valioso intercesor.

El venerable cadáver despedía una suave fragancia y le rodeaba un resplandor celestial. Muchos enfermos, ante su contacto, recobraron la salud.

El pecho del anciano, sin palpitación alguna, servía de fondo a Cristo en la cruz, y las manos, sin el color de la muerte, retenían con amoroso gesto la imagen del Señor a quien había imitado y por el que veían los barqueños aquella sucesión de maravillas. Pedro, como el Bautista, no era la Luz; pero sí reflejo de la indubitable Luz.

Como las campanas de El Barco, de Piedrahíta y de Ávila repicaron al tiempo por sí mismas, sin humano movimiento, despertando en muchos ciudadanos el deseo vehemente de

venerar el cadáver, el arcipreste no se atrevió a darle sepultura y ordenó que se expusiera momentáneamente en la iglesia mayor.

Al tiempo que seguía la afluencia de personas desfilando ante los restos prodigiosos, llegaron emisarios de Ávila y Piedrahíta con la pretensión de hacerse cargo de aquella preciada reliquia. Parlamentaron fuertemente. El Barco alegaba el derecho de patria nativa y haber muerto en su jurisdicción. Piedrahíta el ser de allí la madre del penitente, la vecindad y el toque milagroso de las campanas. Ávila fundamentaba la prelación de su derecho por ser cabeza episcopal y hallarse Piedrahíta y El Barco dentro de sus límites y sexmos.

Como las tres partes contendientes no encontraban el acuerdo que hiciese viable el entierro del siervo de Dios, se obró a la vista de cuantos se encontraban dentro de los muros de la iglesia un milagro espectacular que llenó de estupefacción a todos los circunstantes. Desde los brazos maternos, un pequeñuelo puso fin a la disputa manifestando en alta voz que se colocase el cadáver sobre una mula con los ojos vendados. Añadió que, allí donde parase el animal, se diera sepultura a los despojos mortales que habían motivado tan larga y enconada disensión. Admirado el pueblo, el mandato se interpretó como un designio divino.

Fue entonces cuando sacaron las vísceras al santo cuerpo, las pusieron con mucha reverencia en una caja y las enterraron fuera de verjas, al pie del altar que se dedicó al penitente y en el que hoy se da culto a san José. Queda actualmente en la parte superior una pintura como vestigio del antiquísimo retablo.

Salaron el cuerpo —método entonces empleado para embalsamar— y le depositaron en un ataúd sobre una mula.

Una gran comitiva provista de luces acompañó al cadáver por las calles silenciosas de El Barco. La mula con la valiosa carga fue llevada a las proximidades del Vallejo y, después de



Atrio, torre y puerta principal del templo barcenense, en cuyo interior estuvo expuesto el cuerpo yacente y donde quedaron sepultadas las entrañas de Pedro del Barco.

darla dos vueltas, la dejaron cara al mediodía, creyendo los barqueños que tomaría el camino de la huerta de San Pedro, pero no fue así. La mula cambió de orientación y empezó a andar por la calzada de Ávila. Con gran pena, muchísimos de sus paisanos dieron el adiós definitivo a aquellos restos queridos. Allí estaban absortos, mientras se consumían las antorchas, los que habían recibido el auxilio material de los frutos de la tierra, el regalo de las parcelas de labor y la gracia y el consuelo que mitigó tantas y complicadas aflicciones. Se iba el Santo envuelto en la gratitud, en el amor y en la tristeza que se alzó en su pueblo ante aquella inevitable separación.

El cortejo fúnebre llegó a Caballeros, ante la ermita de San Pedro de Balbellido (2). Allí también tocó una campanita sin que impulsos humanos la moviesen.

La mula se detuvo, embargando a todos un silencio expectante. Después de unos momentos de incertidumbre reanudó la marcha en dirección a Piedrahíta.

Cuando los restos mortales de Pedro del Barco estuvieron cerca de la que más tarde fue villa ducal, creyeron sus habitantes que Dios les enviaba aquel tesoro para que fuese su protector. Luego del alborozo del vecindario, mezclado con el toque de las campanas, salió todo el pueblo en procesión a recibirle, mas vieron pronto que la mula no se detuvo y prosiguió su camino en dirección a Ávila, sin fatiga, sin alimento, guiada por una fuerza sobrenatural.

Al paso de las sagradas reliquias desde El Barco a la nobilísima ciudad de Ávila, hizo Dios muchos milagros. Sanaron enfermos, recobraron el juicio dementes y endemoniados; algunos paralíticos comenzaron a andar y un ciego recuperó la visión.

(2) Don Miguel Pérez Alfageme, prestigioso párroco barcense, manifestó en 1894 que existió hasta unos años antes la ermita referida, cercana a la parroquia de Caballeros, en la que se reunían últimamente los ayuntamientos de Villa y Tierra de El Barco.



La mula, camino de Ávila, con los restos del Santo.

 Institución Gran Duque de Alba

META Y SEPULCRO

Ávila, circundada de murallas, a 1.129 metros de altitud, sobre el monte que domina el Valle Amblés, recibió con solennísimos honores el cuerpo insepulto de Pedro del Barco.

El obispo y clerecía, la nobleza y una amplísima representación popular, provistos de luminarias, fueron testigos de la llegada del solípedo con el cuerpo del Santo.

¿Quedaría allí? En las torres de los templos de Ávila volvieron a sonar los repiques milagrosos de las campanas.

Sin torcer su paso, la mula penetró en la iglesia del glorioso mártir san Vicente, por la nave de la epístola.

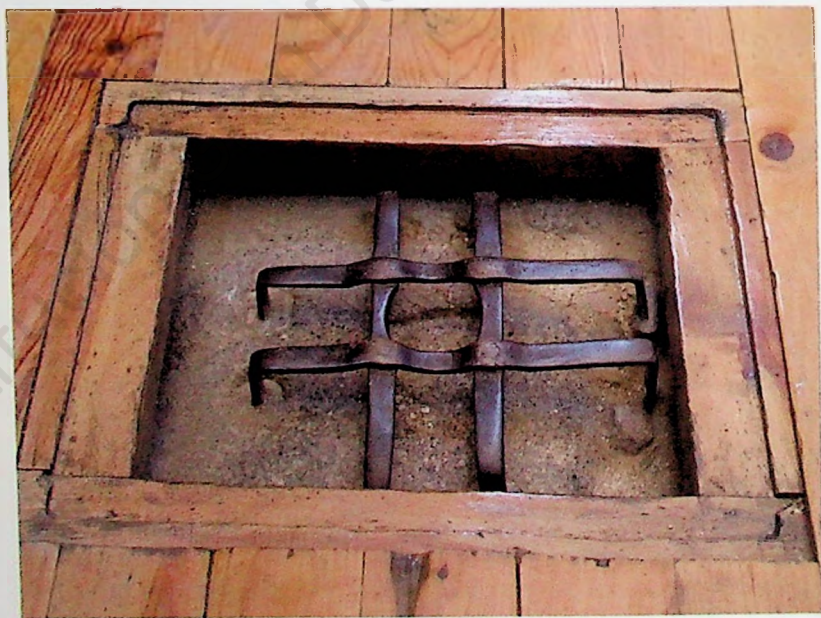
Ante la admiración y el silencio de cuantos presenciaban el singular acontecimiento, la mula detuvo su marcha, dio un estrepitoso golpe y dejó impresa la huella de su herradura en la piedra granítica del pavimento, tal como se ve hoy protegida por un enrejado y una tapa de cristal.

Las autoridades abulenses, embargadas de gozo, comprendieron al instante que aquel lugar sagrado lo elegía la Providencia para sepulcro del canónigo y penitente barqueño.

Al descargar el santo cuerpo, la mula cayó y quedó muerta en el acto, para que nadie más pudiera servirse de aquel sufrido animal que con los ojos cubiertos, sin probar ni un bocado de hierba ni un puñado de pienso y sin beber en los susurrantes regatos de los valles y los puertos, anduvo catorce leguas, con su carga preciosa, ascendiendo por la tierra avilesa.

La mula fue retirada del sacro recinto y enterrada en el torreón del ángulo nordeste de la muralla, que todavía conserva el nombre de «cubo de la mula», así como la cabeza del animal colocada bajo el adarve almenado, tallada en piedra y desgastada por los elementos atmosféricos.

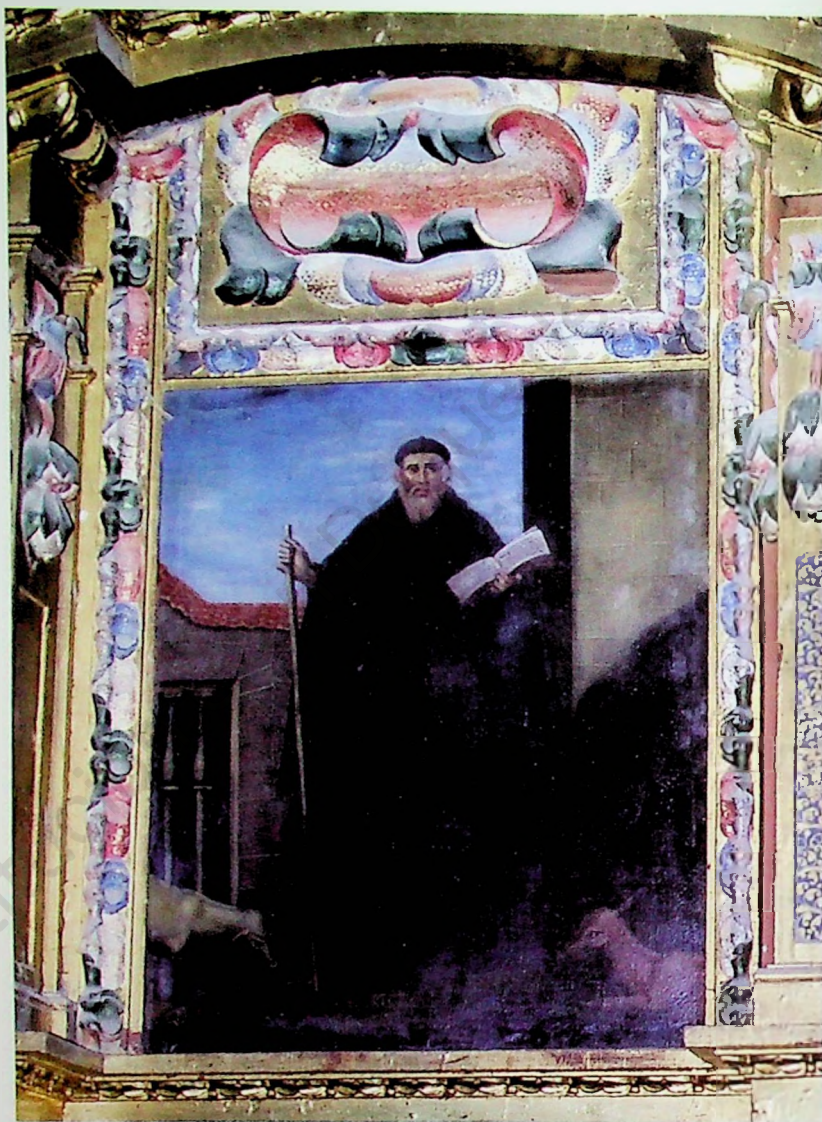
Con honores extraordinarios se dio sepultura al siervo de Dios, Pedro del Barco, a quien las gentes de las tierras de Ávila, con las autoridades de la capital y de otros pueblos de su variada geografía, habían aclamado por Santo. Eran muchos los que entonces parecían escuchar la ardiente palabra del muerto, que la asemejaban a espiga sazónada, a flor que abría sus pétalos, a flecha encendida que se clavaba en el corazón.



Sobre la losa, una huella. Sobre la huella, esta adecuada protección.

Sonaron las plegarias en el templo; el aire se llenó de perfume. Una fosa esperaba el momento de la inhumación. Poseídos de íntimo y silente recogimiento, aquéllos que tuvieron el honor de ser excepcionales testigos de la ceremonia depositaron el cadáver en la urna de piedra cubierta con una losa que fue durante siglos la mesa del primitivo altar, cerca del sepulcro de los hermanos Vicente, Sabina y Cristeta. El sarcófago quedó protegido por una verja y un sencillo antepecho de cantería.

A los pocos años de la inhumación, el chozo que habitó san Pedro en la Ribera, de rústico arco de ladrillo y de tupida cubierta de ramajes, fue convertido por el concejo de El Barco en una ermita que se reedificó y amplió en el año 1490, en cuyo interior se levantó un altar sobre el cual figuraba el retrato del Santo, pintado por quien, indudablemente, le conoció.



Pintura contemplada por Teresa de Jesús a su paso por la iglesia barcen-
se, al regreso de su curación en el pintoresco pueblo de Becedas.

DESTELLOS DE SANTIDAD

Sobre el sepulcro venerable, tan visitado por los abulenses, comenzaron a ofrecerse misas y a pedir dones al Altísimo por intercesión de Pedro del Barco.

Fernando III, Rey de España, otorgó privilegios a la iglesia de San Vicente en agradecimiento a las mercedes que confesó haber recibido de Nuestro Señor por intercesión del glorioso san Pedro, y en el año 1252 concede las rentas del Campo de Arañuelo para las obras del templo, otorgándolas a honor y servicio de los santos Vicente, Sabina y Cristeta y san Pedro del Barco. También le llaman santo en sus privilegios reales Fernando IV, don Alonso, don Pedro, Enrique II, Enrique III y otros reyes castellanos. Este honroso título se lee en antiguas escrituras y donaciones.

El bachiller don Sancho Dávila en el libro *Veneración de las Reliquias* dice que era uso remoto de la Iglesia canonizar a los santos con la sola ceremonia de poner sus restos debajo de los altares. Antiguamente, los obispos tenían la facultad de declarar la santidad de los fieles, sin que este delicado privilegio fuera potestad exclusiva del Papa. También se hacía la proclamación por el mismo pueblo, sin las necesarias formalidades de rigor exigidas en la actualidad.

Urbano VIII dictó las normas de canonización en el año 1634 y este mismo pontífice dio una aprobación global, con carácter de tolerancia, a todas las proclamaciones de santos anteriores a 1634.

En los archivos del Vaticano y en documentos históricos conservados por la Santa Sede, aparece Pedro del Barco mencionado en el año 1309 como santo de la tierra de Ávila.

Juliano Pedrez Álvarez, arcipreste de Toledo, sabio teólogo y cronista de los reyes Alfonso VI y VII, dedicó a san Pedro un expresivo epitafio. El gran historiador citado, al igual que el *Martirologio Romano* y los *Años Cristianos* de Caparrós, de Croisset, *Leyenda de Oro*, etc., reverencian y tienen por santo a Pedro del Barco. Los calendarios de los santos de España colocan la conmemoración de san Pedro el 1 de noviembre. «Qui colitur prima Novembris». También el Maestro Bivar, en su famoso almanaque, reseña la festividad de nuestro santo el primer día del undécimo mes con la siguiente mención: Sanctus Petrus Cymbensis, confesor.

El penitente barqueño, modelo de hijos, espejo de amigos, agricultor extraordinario, sacerdote y canónigo ejemplar que murió pobre porque todo lo dio, fue premiado por la Iglesia con esta «Oración Propia» compuesta en tiempo inmemorial:

Da Señor, a tu Santa Iglesia, te rogamos, que siempre tenga ante sus ojos los ejemplos gloriosos del Bienaventurado Pedro tu Confesor, cuya vida, adornada con innumerables virtudes y milagros, te fue muy agradable. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

En 1495 el doctor Pedro Utonte Molino, prelado de Marruecos, visitador de este obispado, mandó continuar la procesión antiquísima que se hacía los sábados en la iglesia de San Vicente al sepulcro de los mártires y al de san Pedro del Barco, en atención a la renta que dotó Sancho, arcediano de Olmedo, en la era de 1379, según consta en su testamento.

Al venerarse a san Pedro con culto público, pronto tuvo antífona y oración de «confesor no pontífice», cantándose ambas en las procesiones y misas de su festividad.

Luis López de Lillo, uno de los más extensos biógrafos del glorioso cremita, afirma que, siendo la oración de san Pedro del Barco tan ajustada a la verdad de su prodigiosa vida, puede pedirse confiadamente a la Providencia por sus méritos e intercesión; máxime, cuando esa plegaria, tan devota, antigua y santa, trae consigo una ininterrumpida aprobación.



El Santo, el día de la procesión, a su paso por el castillo de Valdecorneja.

Por cuanto se ha mencionado, la canonización «legalista» de san Pedro del Barco está confirmada por los siguientes hechos, que proyectan su luminosa evidencencia a través de múltiples generaciones:

Proclamación del pueblo.
Aceptación y tolerancia de los obispos abulenses.
Erección de altares.
Registro y mención de la Santa Sede y
Bula del Papa Urbano VIII.

La santidad del asceta barqueño, grabada en las generaciones castellanas, tuvo durante varios siglos la estela de sagrados recuerdos, simbolizados en unas cadenas penitenciales con que se mortificaba y en el cuenco de madera que tanto utilizó. Los eslabones y la horterera guarnecida en plata se conservaron durante quinientos cincuenta años en una alacena de la capilla de Nuestra Señora de la Soterraña. La escudilla, a fuerza de ser llevada como reliquia a casa de los enfermos, concluyó por destruirse en el siglo XVIII. Muchos encontraron la salud bebiendo en el cuenco que exhalaba fragancias campesinas, pero al que poco a poco sustraían partículas que las familias guardaban con emoción. Era de buen tamaño, con engaste exterior chapado en plata lisa, conteniendo por dentro un enrejado del mismo metal, para que el líquido llegase a la materia de que estaba formado.

El famoso menaje del Santo fue aureolado por la musa popular en un sencillo romance que se cantaba en la ermita el 3 de noviembre:

Una horterera de madera
en que bebió, nos dirá
su santidad verdadera:
Pues de madera ahí está
quinientos años entera.



Basilica de San Vicente, en la ciudad de Ávila, donde está el sepulcro del Santo.

 Institución Gran Duque de Alba

MONUMENTOS Y RECUERDOS

El altar dedicado a la memoria de un cristiano es el máspreciado recuerdo que se puede imaginar. Actualmente existen dos altares que pregonan la excelsitud de la vida humilde elevada a las cumbres de la santidad. Uno de ellos se levanta sobre el sepulcro glorioso, en la visitadísima y dorada basílica de San Vicente; otro en el mismo lugar barqueño donde abrió los ojos al sol primaveral.

Desapareció el de la ermita de la Ribera cuando en el año 1832 «ignaros ediles» acordaron el derribo del templo, talando y subastando el espléndido arbolado que le rodeaba. Tenía el retablo la imagen de San Pedro en el centro, entre una espesura y dos corzas a los lados. Junto a este retrato, en el que figuraba con birrete y hábito negros, los de San Gregorio y San Sebastián. En la parte baja, la efigie de nuestro Santo con la de San Pedro Apóstol y la de San Andrés.

Otro altar fue erigido a su veneración en la iglesia conventual de franciscanos alcantarinos edificada entre la plaza del Campillo y la explanada de las Eras. Los frailes se instalaron en la villa de El Barco el 4 de noviembre de 1576. En el convento de San Francisco, que se inauguró el 4 de diciembre de 1578 se rindió culto especial al penitente barqueño ante un retablo con su figura pintada, copia exacta de la imagen actual. Sobre el ara se elevaron nubes de incienso hasta el momento mismo de la exclaustración, perpetrada en nuestro suelo el 1 de agosto de 1837.

La iglesia, edificada en el lugar donde radicó su casa natal, comenzó a planearse en 1610, cuando se realizó en la

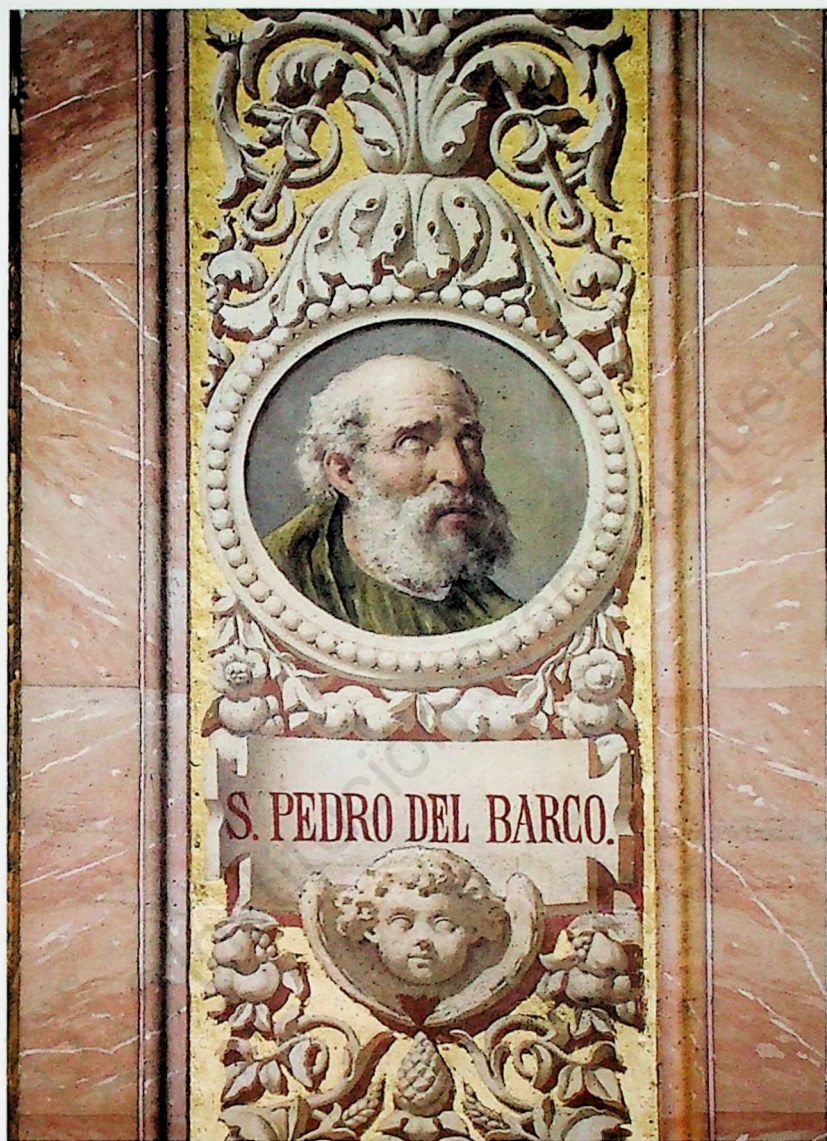
villa del Tormes la información *ad perpetuam* de la Vida y Milagros de San Pedro del Barco. A petición del licenciado visitador de la diócesis, Cristóbal Méndez Delgado, el ayuntamiento revalidó el acuerdo en 19 de agosto de 1655, colocando una cruz de madera sobre la puerta de la casa del siervo de Dios.

Gracias a la espléndida energía y espíritu religioso de doña María de Málaga, ilustre barqueña, y de su esposo don Lorenzo González, comenzaron las obras en el año 1662, derribándose la vivienda del Santo y otra casa contigua que compró doña María.

El mismo matrimonio González-Málaga adquirió el actual retablo en 1664, dorándole a su cargo el año 1680. La virtuosa dama barqueña, culta y amable esposa del que fue regidor de la Villa, encargó a Toledo la imagen de San Pedro, que hoy recibe culto y veneración.

El observador que visita la colosal iglesia circular de San Francisco el Grande, de Madrid, puede admirar los veinticuatro medallones pintados en lo alto de las columnas que sostienen la grandiosa cúpula del templo, dedicados a los santos españoles: Florentina, Juan de la Cruz, Fermín, etc. En uno de ellos, sobre la pensativa estatua de Santo Tomás, se encuentra el busto de San Pedro del Barco junto al círculo de la beata María Ana de Jesús y cerca del que representa a san Pedro de Alcántara. Se halla situado al lado derecho, próximo a la puerta principal. Sobre la faja, decorada por el pincel de Contreras, aparece el asceta castellano con blanca y abundante barba, descubierto, mirando hacia arriba con un hálito de esperanza.

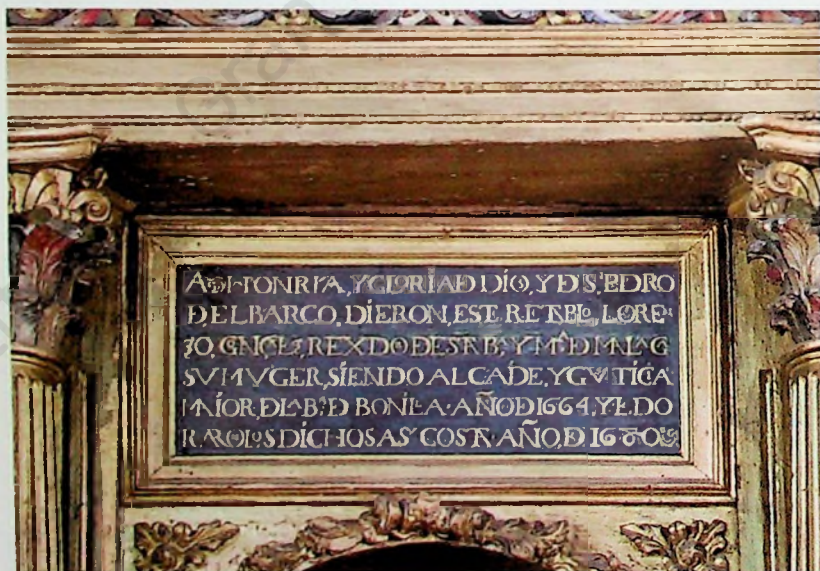
También en el monumento dedicado «A las grandezas de Ávila», rematado con la imagen insigne de Teresa de Jesús, aparece esculpido el nombre de Pedro del Barco entre los santos diocesanos. El monumento, de estilo neoclásico, recoge en cada uno de los cuatro frentes figuras egregias de



Medallón del Santo en la iglesia de San Francisco el Grande (Madrid).

santos, políticos, escritores y guerreros, según propuesta de la Excm. Diputación de Ávila a la Real Academia de la Historia.

La policromía de la cerámica existente en el presbiterio de la iglesia parroquial de Arenas —bella capital de una zona exuberante de nuestra provincia— refleja en sus mosaicos los rasgos del penitente barqueño, aureolados con una blanca capucha monacal.



Dedicatoria del retablo de la iglesia de San Pedro del Barco.



Vista parcial del interior del templo, levantado sobre la casa natalicia del Santo.

 Institución Gran Duque de Alba

EL LINO Y LA TEA

Un suceso singular e histórico dio el nombre de «La Tea», durante varios siglos, a la calle donde estaba ubicada la casa de nuestro biografiado.

Esta vía, que partiendo del Poste de la Paciencia se dirige a la Plaza de la Iglesia, sigue siendo una de las más importantes de la población. Hoy se llama de San Pedro del Barco. Pero ¿por qué llegó hasta nosotros con el título de «La Tea»?

En la búsqueda de datos para ofrecer esta hagiografía, me he detenido en la interesante declaración formulada el cuatro de septiembre de 1610 por el bachiller don Andrés García Aguilar, presbítero, vecino de la villa barqueña.

En el aposento en que murió san Pedro del Barco, y precisamente cubriendo la piedra de roca viva en que dormía y expiró, se hallaba una pila de lino espadado. En la pieza inmediata superior se encontraba cerniendo una servidora doméstica, oriunda de uno de los pueblos de la comarca, que realizaba su trabajo a la luz vacilante de una pequeña luminaria hecha con una astilla de madera, recubierta con estopa e impregnada de resina. Así se alumbraban en el siglo XVI todas las casas de El Barco.

Las tablas de la estancia se encontraban rotas y agujercadas. A un movimiento involuntario de la moza, la antorcha cayó pasando por las aberturas del deteriorado pavimento hasta clavarse, encendida, en el esponjado montón.

La joven, presa del pánico, bajó con rapidez las escaleras y entró en el piso bajo donde se hallaba el almacén. Sus ojos



Estado actual de la fachada de la casa del Santo y calle que lleva el nombre del egregio barqueño.

vieron, asombrados, cómo la tea ardía en el lino quebrantado, apto para hilarse, sin conseguir que éste se prendiese.

Ante el hecho portentoso, el dueño de la casa y padre del declarante, llamado también Andrés, ordenó que se avisara a la gente para que fuese testigo del milagro que la Providencia realizaba, evitando la destrucción del aposento que siglos atrás fue capilla ardiente donde no hubo llantos de plañideras, sino unas lágrimas mezcladas con deseos de imitación.

La tea, aquella tea que cayó sobre el lino sin lograr incendiarle, llama que no contagió a la materia inflamable que hubiera aniquilado la santa mansión, dio origen al nombre de la calle próspera y comercial, donde hoy, como una reminiscencia de los mercados de antaño, se venden pequeñas plantas de hortalizas los lunes de primavera, después de ser arrancadas de los viveros de La Horcajada para desarrollarse en las fincas ribereñas.

Don Andrés García Aguilar, de 38 años, sacerdote, nos legó para la historia este magnífico relato, como el de la visión que tuvo de niño cuando estaba recostado en el pos-trer peldaño de la breve escalera, que en la casa del Santo iba del portal al aposento donde Pedro murió.

 Institución Gran Duque de Alba

LA RELIQUIA

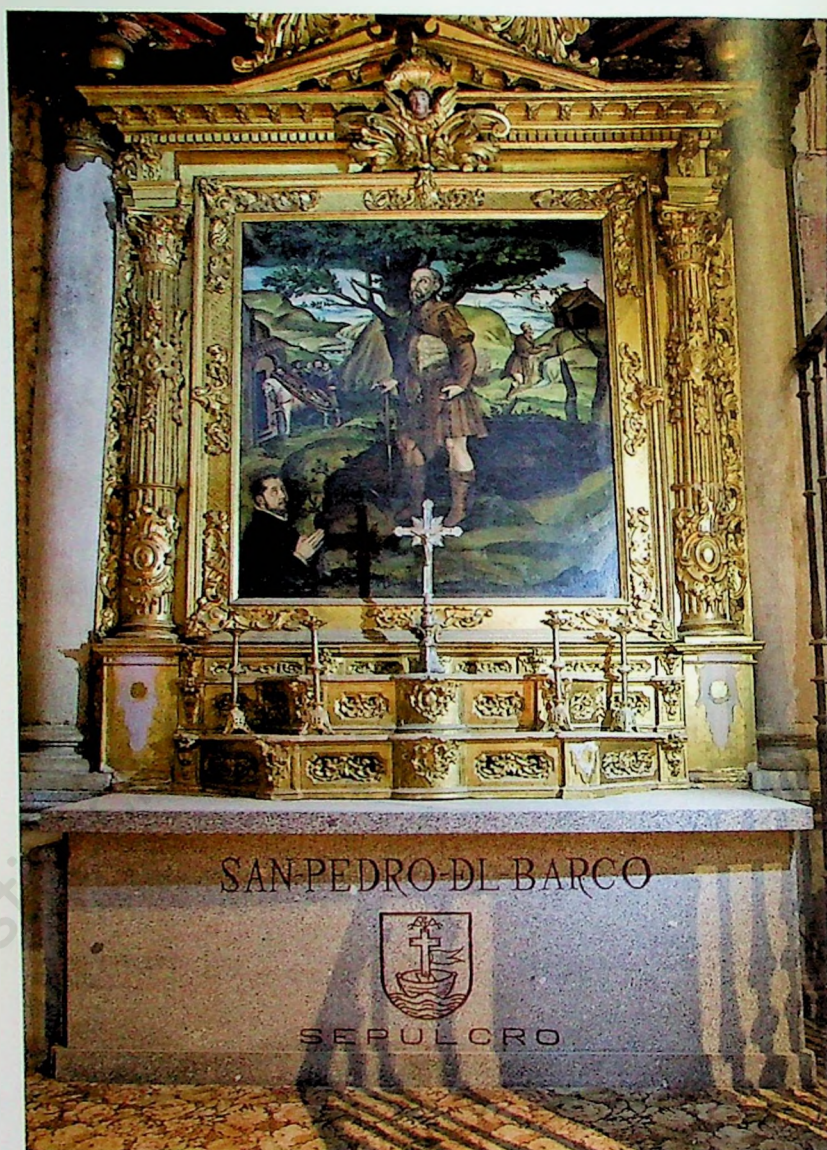
La tumba de san Pedro del Barco se ha abierto dos veces. La primera el jueves 12 de agosto de 1610 siendo obispo de Ávila don Laurencio Otaduy Avendaño, atendiendo los deseos de don Pablo Verdugo de la Cueva, cura de San Vicente, y del beneficiado don Francisco de Mena, que se dolían del mísero estado en que se hallaba el sepulcro. Ambos propusieron al concejo de la ciudad favoreciese su iniciativa de embellecimiento y reconstrucción. El ayuntamiento de Ávila ofreció 40.000 maravedíes y nombró comisarios representantes a don Sancho Cimbrón y don Luis Pacheco de Espinosa.

Con esa cantidad, con la obtenida en los arciprestazgos y con los donativos de muchos particulares comenzó la obra, tras desechar varios proyectos y aprobar el realizado por Francisco de Mora, maestro de arquitectura del rey Felipe III y diseñador de la iglesia de San José, primer palomarcico de la reforma carmelitana.

Al ir a cimentar las columnas y pilastras se desbarató el antiguo altar, hallándose la caja donde estaban los restos sagrados.

Corrió la voz por la ciudad y los vecinos manifestaron su alegría. Las calles se poblaron de cirios mientras los ecos de las campanas se cruzaban en el aire canicular.

Presente el obispo, que llegó acompañado de don Diego de Bracamonte, deán de Ávila, y de don Pedro Álvarez, arcediano, con asistencia de don Juan Bautista de Lijalde, corregidor de la ciudad, de un escribano, de don Pablo Verdugo y



SAN PEDRO DL BARCO



SEPULCRO

Sepulcro de San Pedro del Barco en la basílica de San Vicente.

de otros testigos descubrieron la urna, en la que vieron el cadáver compuesto de todos sus huesos, tendida la cabeza al occidente y los pies hacia el oriente, convertida la carne en cenizas sutilísimas de color datilesco que desprendían un olor «maravilloso y celestial». El prelado repartió entre los asistentes una costilla del pecho y sacó otro hueso destinado al relicario de la iglesia martirial.

El acta, en pergamino, precioso testimonio de esta manifestación, que el obispo abulense mandó escribir para memoria de los tiempos venideros, continúa diciendo que, habiendo visto y venerado S.S. Ilustrísima el santo cuerpo, le trasladó y encerró en un cofre. El prelado mandó cerrar el sepulcro y ordenó, con pena de excomunión, que no se volviera a abrir sin orden y mandato suyo.

La ciudad de Ávila acordó dar cuenta de la manifestación del cuerpo de san Pedro del Barco al Rey Felipe III. El soberano contestó al consistorio abulense agradeciendo la gentileza, en carta suscrita por el marqués de Velada, fechada en Lerma el 4 de septiembre de 1610.

El sepulcro quedó formado en 1611 por cuatro hermosas columnas con pilastras y capiteles de orden corintio. Dos ángulos están guardados por rejas; los otros dos por las paredes del templo, a las que está adosado el altar con un cuadro al óleo de la vida del Santo y la traslación milagrosa de su cuerpo.

A partir del año 1660 se celebra la fiesta de San Pedro el 12 de agosto. Antes se le honraba el 3 de noviembre; pues, aunque murió el día 1, se respetaron las conmemoraciones de los Santos y las Ánimas al declarársele patrón del pueblo en el final del siglo XII.

Por segunda vez fue abierto el sepulcro el 21 de junio de 1663, rigiendo la silla episcopal abulense don Francisco de Rojas Borja, a petición de la villa de El Barco que deseaba poseer una reliquia en la iglesia edificada, precisamente donde Pedro llegó a la vida, donde se santificó y murió.

En esta segunda apertura estuvieron presentes los comisionados del Barco, el doctor Martín de Bonilla y Echevarría, provisor del Obispado, y por el Cabildo el canónigo don Juan Bautista de Aramburu, colegial de Santa Cruz de Valladolid, los regidores de la ciudad don Francisco de Villalba y don Pedro de Vela, el canónigo don Antonio del Barco, el notario Diego de Requena y el escribano del Rey, Laureano López. Fueron testigos también el chantre don Juan de Águila, el canónigo don José de la Peña y el doctor Luis Vázquez, beneficiado del templo, en unión de otras muchas personas.

Reconoció el provisor el arca de las reliquias tal como la dejó el obispo Otaduy, pero ya se encontraba húmeda y podrida. La cabeza se había quebrado, quizá con algún golpe al abrir el nicho de piedra. Mandó traer el doctor Martín de Bonilla una caja «curiosa y fuerte» y con la debida reverencia fue trasladando los huesos principales del santo cuerpo, después de separar en un cofre de caoba una canilla (que es un húmero) para la villa de El Barco; más otras dos reliquias: una para la Catedral y otra para la ciudad avilesa.

El día de San Juan se entregó el húmero a los comisarios de El Barco, con traslado oficial de la oración propia del Santo. Llegaron a la Villa el 27 de junio, celebrándose solemnes fiestas religiosas y animados regocijos públicos. El húmero de san Pedro se colocó en un magnífico relicario de plata y, seguido de un inmenso gentío, se trasladó de la parroquia a la iglesia-casa natal del Santo en la calle de la Tea. Corrieronse toros por la tarde y los festejos duraron cuatro días.

Como aditamento de estas solemnidades escribió dos romances, relatando la vida y milagros de nuestro Santo, el ilustre barqueño Padre Villalobos, de los clérigos menores, censor del obispado de Ávila y autor de una erudita teología moral.



La reliquia, hoy expuesta en el Museo Parroquial.



Institución Gran Duque de Alba

TESTIMONIOS

La ciudad de Ávila, por ser custodia y relicario de las cenizas del Santo, en carta dirigida al consistorio de El Barco, solicita de esta Villa, Justicia y Regimiento el envío de datos acerca de la opinión pública sobre la vida, muerte y milagros del glorioso confesor. Con tal motivo, el 4 de septiembre de 1610, el consistorio barqueño, en sesión plenaria, nombra el tribunal formado así: don Pedro Rodríguez de León, Corregidor y Justicia Mayor (alcalde y juez al mismo tiempo) de la villa del Barco y su jurisdicción, en nombre del duque de Alba, marqués de Coria y conde del Barco; los señores comisarios don Fernando Cornejo de Fonseca, alcalde y regidor (jefe del castillo y concejal) y don Alonso de Vallejo Salazar, regidor asimismo de la Villa del noble estado de los «hijosdalgo». Figura también como abogado el presbítero don Santos López, beneficiado de Solana, en unión del secretario don Juan de Paz, quien hizo constar al término de los autos: «No tengo fijados honorarios, ni los he de llevar en lo sucesivo por servir a Dios y al glorioso san Pedro del Barco».

Por «audiencia» del mismo día se señaló la casa del clérigo don Santos López como lugar de las declaraciones, que se realizaron los días prefijados de 9 a 12 de la mañana y de 3 a 6 de la tarde.

Por el tribunal desfilaron distintos personajes de la Villa que atestiguaron con su palabra y su firma cuanto habían escuchado a sus mayores relacionado con el siervo de Dios, Pedro del Barco.

Así Esteban Lucio, beneficiado de la Iglesia Mayor, citó a Marineo Sículo por su libro *Cosas memorables de España* y a Villegas por su *Flor Sanctorum*, mentores ambos del penitente barqueño.

Juan de Valencia, escribano público del municipio de El Barco y natural de esta tierra, afirmó haber oído a sus bisabuelos y abuelos relatar la vida de tan esclarecido paisano. Dios hacía mercedes a los vecinos de la Villa por intercesión del Santo, y otorgaba en los huertos abundantísimos frutos. Juan de Valencia conoció las pinturas de la ermita y el retrato de Pedro en el altar mayor del Monasterio de San Francisco.

Fernando López de Valverde, amanuense, declaró haber conocido al viejísimo mimbrión de sauces, junto a la fuente y albergue del Santo. El escribano barqueño vio muchas veces a la clerecía de la iglesia mayor ir en procesión hasta el pequeño templo en súplica de intercesión.

Pedro González, mercader, de 72 años, vecino de la calle del Puente, certificó que había padecido durante seis años fuertes y continuos mareos. A veces, cuando iba por la calle, tuvo necesidad de sujetarse a las paredes para no caer. Por fin logró hacer realidad una ansiada ilusión: que la hortera del Santo, recubierta de plata, y traída a El Barco por el cura de San Vicente, le fuera puesta en su cabeza dolorida. Al pronto reconoció que Nuestro Señor le había otorgado una gran merced; pues desde aquel día se ausentó de su cuerpo tan enojosa y persistente enfermedad. Al mismo tiempo consiguió la curación milagrosa de la esposa de Francisco Carranza, verificada al solo contacto del miembro enfermo con la roca que sirviera al penitente de lecho en su casa natal.

Ante la Junta desfilaron Francisco Díaz y Diego Sánchez, vecinos de El Barco, quienes pusieron de manifiesto la devoción acendrada de la Villa y su tierra al glorioso Pedro, santo al que «se encomiendan las gentes para que interceda ante Nuestro Señor Jesucristo».



La procesión de San Pedro del Barco a la puerta de la casa natal del Santo.

Por último, juró ante el tribunal en Santiago de Aravalle, poniendo sus manos en el pecho y corona, el licenciado de 55 años Antonio Sánchez Tenorio, cura de Solana, jurisdicción de la villa de Béjar. Centró su declaración en lo que había escuchado a Melchor de Alemán, casado con su abuela, hombre honrado, rico, de buena fama en obras morales y religiosas. Criándose en su casa, le habló así: «Antonio, nieto mío: para cuando seas hombre y vengas a conocimiento de lo que estás obligado, espero se te imprima en el corazón lo que voy a decarte, para que en su tiempo lo enseñes y lo divulgues.



Banda municipal y de Cornetas y Tambores. Procesión de San Pedro.

Yo salí de El Barco, de casa de mis padres, a la edad de 15 años; bien aderezado y galán. Sabiendo que un tío mío estaba al servicio honroso del duque de Nájera me dirigí allí. Llegado a Nájera, viendo mi buen talle, el duque me recibió por paje. Muerto mi tío le sucedí en sus ocupaciones.

Como el duque me quería tanto, un día me dijo: Alemán, pues sois natural de la villa de El Barco os quiero enseñar la vida, muerte y milagros de san Pedro del Barco. Y entró en su recámara. Como estudioso y cristianísimo que fue, pronto sacó un libro con muy bella encuadernación que al principio decía: San Pedro del Barco, ermitaño; su vida, muerte y milagros. Destacaba en sus páginas que en su casa de la villa Pedro recogía a pobres y peregrinos, a los cuales sustentaba con lo que producían sus manos cultivando el breñal. Hablaba de su compañero y discípulo, de las tentaciones que le ofrecía el «espíritu del mal», de los enfermos y lastimados de la vida que a él acudían para recibir su consuelo. Si humanamente nada podía, lo alcanzaba todo con su oración».

El clérigo Antonio Sánchez finalizó su exposición con estos datos: Hace 40 años, poco más o menos, se reunieron en la villa de El Barco el referido Melchor Alemán y otros tres ilustres barcenses. Uno de ellos era el licenciado en medicina Sebastián Pérez.

Como no tenían hijos y sus haciendas eran importantes, acordaron depositar cada uno mil ducados (3) para que se incoase pleito en Roma o donde conviniese, a fin de traer el cuerpo de san Pedro a la Villa del Barco. Todos estos planes se suspendieron cuando uno de los cuatro falleció.

(3) Ducado. Antigua moneda de oro española, cuyo valor llegó a ser de unas siete pesetas.

 Institución Gran Duque de Alba

CERTIFICACIÓN ARCIPRESTAL

Recogemos el importante documento, rubricado por un famoso pastor de almas, que dejó en la parcela barqueña muchos rasgos de su celo, de su ímpetu y apostólico ardor. He aquí su texto:

DON MIGUEL PÉREZ ALFAGEME, presbítero, cura párroco de El Barco de Ávila y arcipreste de esta Villa y su partido en la Diócesis y Provincia de Ávila;

Habiendo visto el expediente original que, de conformidad con lo pedido por la Ciudad de Ávila, han incoado las Autoridades de esta Villa el cuatro de septiembre de mil seiscientos diez y terminado en tres de marzo del año siguiente, para el esclarecimiento de la *Vida, Muerte y Milagros* del glorioso hijo de la misma *San Pedro del Barco*; y en vista de que ni la menor duda existe sobre la autenticidad de tan apreciable documento, porque de ella son garantía suficiente la letra, el papel, el lenguaje, la ortografía misma y hasta el hecho de ser sus poseedores los herederos del señor don Pascual Fidalgo; a fin de que con el tiempo no se haga ininteligible (que ya casi lo es) o perdido y además descando archivar en el de la parroquia de mi cargo los documentos que pueda haber referentes al glorioso santo que de ella es lustre, gloria y esplendor y más que esto, titular, patrono y protector; no pudiendo obtener para el archivo de ella tan precioso documento y si sólo, merced a la bondad de sus actuales poseedores, una copia del mismo; he sacado la que figura a continuación y lo es exacta y fiel, ajustadísima en todo y sin más variantes que la puntuación introducida allí donde la inteligencia del texto la ha hecho necesaria, y el cambio de algunas letras equivalentes en su valor prosódico y que desdecirían notabilísimamente de la ortografía usual de nuestro siglo.

Por tanto; *Certifico*: Que la adjunta copia lo es exacta —aparte las variantes dichas— del expediente original citado a que me remito; y para que siempre tenga el valor que debe dársele y supla

al original cuando éste se pierda o se haga ilegible, doy fe de su exactitud como Notario del Archivo Parroquial y a mayor abundamiento interpongo mi palabra de honor de Presbítero y de Caballero.

Está rubricada de mi mano y de la del Secretario que para esto he elegido y sellado además con el de la Parroquia, en El Barco de Ávila, a treinta días del mes de diciembre de mil ochocientos noventa y cuatro. —Yo, el Párroco y Arcipreste Miguel Pérez Alfageme.—
Ante mí: Atilano del Valle y Álvarez, presbítero.

La vida de este arcipreste ejemplar influyó en la niñez de nuestros padres. Hizo notables mejoras en la iglesia, sustituyendo las cadenas bamboleantes, próximas a la puerta principal donde se columpiaban los muchachos, por el atrio actual; restauró el hospital de San Miguel y donó su casa a las monjas franciscanas.

Nos legó una documentación valiosa, unida a la exacta precisión de sus elevados conceptos. Murió en Ávila acordándose de El Barco, entre brumosos recuerdos de luces y de sombras.



Medalla de la Cofradía de San Pedro del Barco.

 Institución Gran Duque de Alba

INGRATITUDES Y AMORES

La vida es una amalgama de sentimientos que brotan del ser humano en forma de cardos de olvido o de humildes violetas de recuerdo y cordialidad.

Es cierto que, si el penitente barqueño tuvo en su niñez el hondo cariño de sus progenitores y de las amistades íntimas del matrimonio campesino, por otra parte, atrajo las iras envidiosas de muchos niños y jóvenes de su pueblo natal.

De adolescente pasó por la prueba del menosprecio. Su vida era una repulsa al comportamiento de la juventud que se debatía en los estragos que la larga ocupación musulmana y el choque de la guerra liberadora habían filtrado en la epidermis moral del país.

El trabajo, el estudio y la soledad también fueron motivo de críticas mordaces. ¡Hasta la obra evangélica de la conversión de la gitana tuvo calumniosas interpretaciones!

Pedro, en su vida, no fue un fracasado, sino un hombre que iba abriéndose camino en pos de un ideal. A su paso doblegaban su cabeza los zarzales, igual que se humillaban las opiniones adversas, predominantes en una escasa minoría de la vecindad.

La fama de su existencia sin mácula y el desprendimiento de los bienes patrimoniales aureolaron la vida del más insigne de los barcenses.

Sin embargo, en el transcurso del tiempo siguieron alzándose la estimación y la deslealtad ante la memoria de esta figura histórica de El Barco.

Una prueba de amor fue convertir su chozo en una ermita rodeada de árboles que embellecieron el lugar con la sombra y la armonía de sus ramas sopladadas por la brisa.

Honroso el homenaje de las autoridades de Ávila, al promulgar en manuscrito de 15 de junio de 1334 las más antiguas ordenanzas taurinas conocidas en el mundo, en honor de los hermanos Vicente, Sabina y Cristeta y San Pedro del Barco (4).

Desprecio indudable el destruir el templo de la Ribera y tronzar las plantas que fueron testigos de fervorosas súplicas y de peregrinaciones populares.

Prueba de ternura pedir su patronazgo y elevar una iglesia en la casa natalicia a expensas del matrimonio González-Málaga, quien además la dotó de las rentas necesarias para su sostenimiento y el servicio de dos capellanes, obligados a decir misa de 10 y de 11. Infidelidad el transformarla en escuela y centro de paradójicas reuniones.

Rasgo de dilección trasladar la imagen y el retablo a la torre del castillo de Valdecorneja para ser testigos del sueño de los barcenses que en la bella fortaleza esperaban la resurrección.

De respeto entrañable debe relatarse la ceremonia de llevar bajo palio la reliquia, en la víspera de su fiesta, desde el alcázar al templo parroquial.

De veneración secular puede definirse la ejecutoria del Excmo. Ayuntamiento, que preside y sufraga corporativamente las anuales conmemoraciones. En el siglo XIX el municipio presupuestaba 250 reales para la fiesta de San Pedro del 3 de noviembre, más media cántara de aceite para la lámpara de la Ermita ribereña.

(4) Dato sacado a la luz pública por el ilustre periodista Rafael Gómez Montero.



El castillo, el puente, el río..., tres joyas, tres hitos de la historia de El Barco.

Bello el gesto de don Nicolás de la Fuente Arrimadas cuando, cargado más de ilusiones que de achaques, fue por los domicilios suplicando firmas para restaurar el culto en «San Pedro», ya que la ignominia era una espina punzante — irresistible — clavada en su corazón.

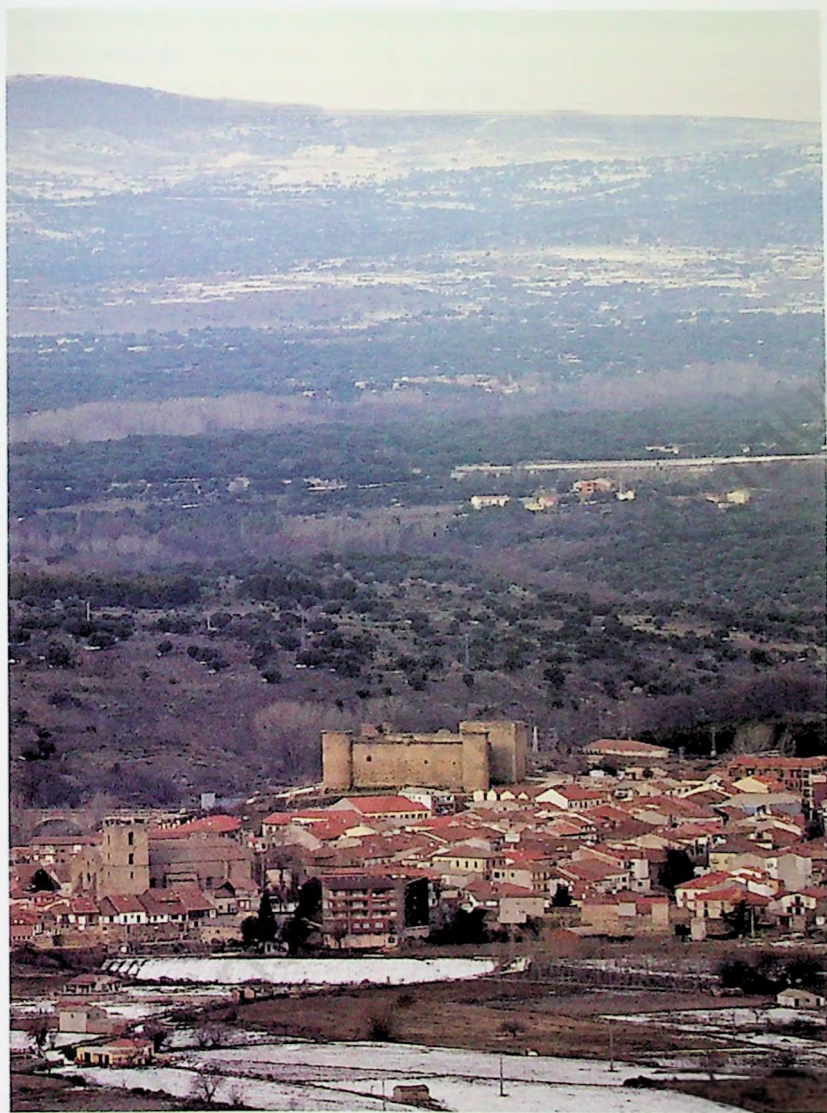
Desde entonces surgió un anhelo de desagravio que tuvo su punto culminante en la llegada del párroco don Juan Arrabal, hijo de aquel inolvidable maestro que durante 32 años cultivó el espíritu de varias generaciones. Dios puso a Juanito Arrabal (don Juan desde entonces) como jefe influyente de su pueblo. Entusiasta barqueño, elocuente orador, escritor y poeta, sacerdote ejemplar, logró que el pleno municipal acordara la devolución del templo el 7 de enero de 1941.

Ante esta hermosa realidad, las fiestas inaugurales se señalaron para los días 23, 24 y 25 de julio. Luego, con veloz esperanza, llegó la fecha emotiva de Santiago.

Bajo un cielo limpio de nubes acudieron los fieles de los pueblos limítrofes y predicó en la misa solemne el M. I. Sr. don Félix Herrero Fontañá, hijo preclaro de la villa del Tormes.

La iglesia estaba rebosante. En la procesión para trasladar al Santo formó todo el pueblo en filas de seis en fondo. Ante la imagen, las niñas de El Barco, vestidas de blanco, iban alfombrando de flores el camino...

Llegada la comitiva frente a la iglesia de San Pedro, las autoridades ocuparon una tribuna y se leyó el acto de consagración que comenzaba así: «En este momento solemne, que todos celebramos con la mejor de las alegrías de nuestro corazón, cuando después de un siglo de destierro vuelve tu imagen venerada a ocupar el trono donde por centurias recibiste el homenaje del amor de tus paisanos... te ofrendamos, para gloria imperecedera este puesto que te hemos renovado con el esfuerzo de nuestra voluntad hecha carne de unión en este día».



La villa de El Barco de Ávila, lugar donde nació San Pedro y donde se le sigue venerando.

Después de pedir por España, la imagen penetró en el templo, mientras caía desde el coro una nube de pétalos de rosas.

El silencio, la emoción y las lágrimas tuvieron el epílogo de la voz cantarina de la campana «Santa Isabel», respondiendo enseguida con sus armonías el «Reloj Suelto», Las Chilejas, los esquilonos, la Campana Gorda y la de las monjitas del Hospital.

San Pedro sonreía como un abuelo simpático que diera las gracias en el momento crucial de tan cariñoso y trascendente homenaje.

A esta cadena de obsequios se unió la creación de la cofradía que enlazó las entrañables devociones barcenses al Santísimo Cristo del Caño y al sacerdote y santo labrador. Hecho enaltecido con la presencia y oratoria del sabio benedictino Fray Justo Pérez de Úrbel y que presidió el 12 de agosto de 1952 el entonces párroco don Francisco Ortega Lozano.

Posteriormente se buscó el manantial perdido bajo la tierra honda y oscura de la huerta de San Pedro y se inauguró la fuente milagrosa en la mañana tibia y soleada del domingo de Pascua: 5 de abril de 1953.

Pasó la comitiva a la vera de los manzanos floridos. El arcipreste, ante el pueblo congregado en la Ribera, finalizó sus frases vibrantes con esta sencilla y efusiva declaración: «Si un día, vino aquí san Pedro en carne mortal, solo y despreciado, a labrar el páramo que él convirtió en vergel, hoy llega en imagen, pero rodeado del cariño y veneración de todos sus paisanos».

Por fin, a los eslabones cincelados con el afecto del recuerdo, troquelados con la huella del amor, se agrega la decisión del ayuntamiento barcense adelantando una jornada la feria de agosto, para que los tratos comerciales no empañasen más la solemnidad del día 12, reconocida como

fiesta absoluta —en el término de El Barco— por la legislación laboral. Y Ávila, la ciudad española más cerca del cielo, cierra la descripción de los hitos gloriosos dedicando al penitente barqueño una calle señorial, amplia y breve, donde radica la cadencia arquitectónica de modernas villas y encantadores chalets.

 Institución Gran Duque de Alba

POEMAS Y GOZOS

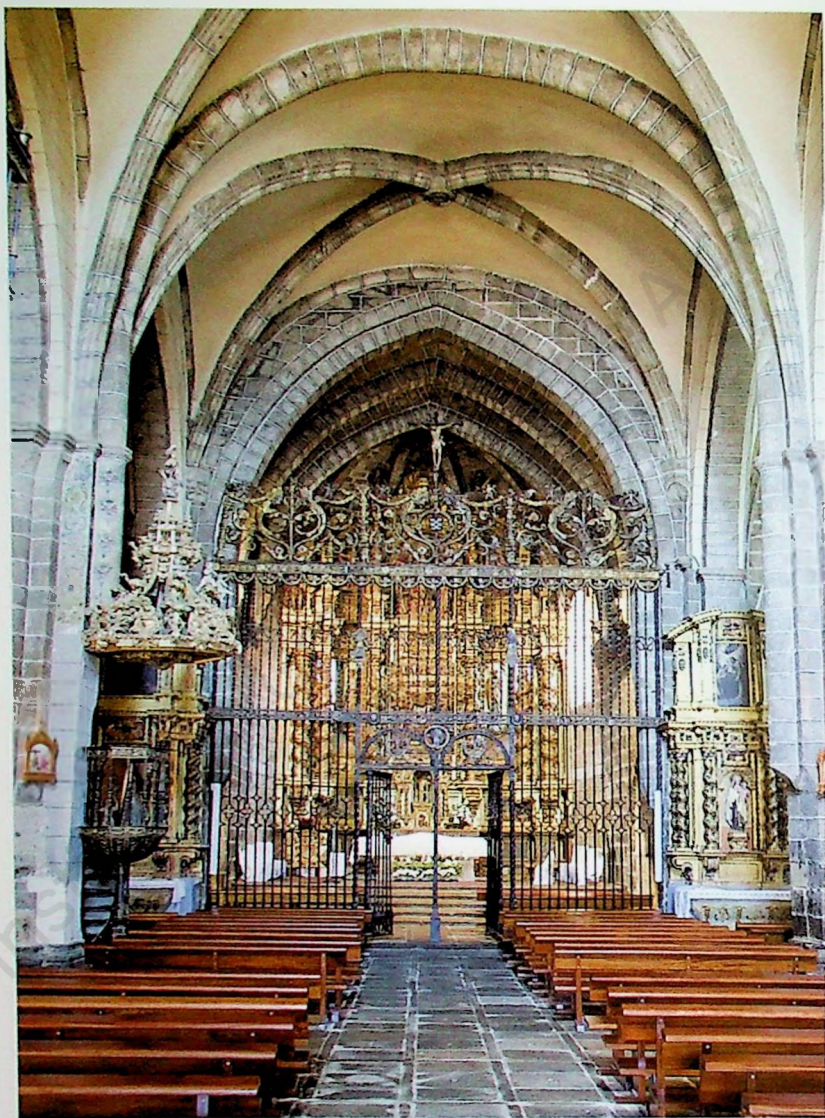
Desde el mismo año que penetró en la eternidad el alma heroica de Pedro del Barco, admiradores surgidos en la sucesión de los siglos le dedicaron entusiastas composiciones literarias. Muchas, carentes de las reglas técnicas de la prosa y la poesía, pero todas impregnadas de cariño e ilusión.

De 1155 hasta aquí, se sucedió la luz diurna prestando belleza a las montañas y a las planicies coloristas de la vega barcense, el trueno y la paz romántica del cielo azul, los inviernos de temperatura gélida y el calor de las tardes de agosto, los pétalos de la rosa y el copo de nieve caído en forma de estrella para morir confundido en las aguas del río. Así se sucedieron los hitos del lenguaje cantando a un alma castellana.

Por su interés y antigüedad reproducimos la opinión emocionada y fervorosa compuesta por el arcipreste de Toledo, Juliano Pedrez Álvarez, mediado ya el siglo XII:

Oh Pedro, nuestro honor, nueva gloria del mundo. Varón insigne a quien venera la noble ciudad abulense. Te agradó más la dilatada soledad que las urbes, donde tu espíritu se consagró por entero al Señor.

En vida y muerte dejas solitario a tu pueblo natal. Nada quiere poseer en su patria tan piadoso caballero. Tornaste el ambiente mundano por el retiro inmortal. Por ello tu sepulcro es glorificado con numerosos milagros. Ruega por nosotros, pues, contemporáneo Pedro, que somos tus devotos de palabra y corazón.



Verja central, cincelada; joya del arte plateresco y construida posiblemente por Lorenzo de Ávila.

El pueblo con su fina sensibilidad salmodió este breve romance, a partir del siglo XVII:

En el Barco se crió.
Su alma al cielo subió.
Y por se crea más cierto
su cuerpo entero se vio
de quinientos años muerto.

Ya en el siglo XX, y desde el verano de 1941, ante la grandiosa verja repujada de la iglesia de la Asunción, que separa la capilla mayor de la nave central, se entonaron por las multitudes estrofas novendiales, gozos del corazón barqueño hacia su ilustre protector:

El fuego respeta el lino
almacenado en tu casa
porque otro fuego te abrasa,
fuego del amor divino.
Presérvanos del dañino
y pecaminoso ardor...

Dedicaron versos al asceta de la Ribera, entre otros, el panegirista Gil González y el religioso Padre Villalobos.

Juan Gómez Málaga, abogado, nacido en los contornos bravíos de la comarca susurra la melodía de su inspiración:

Un ángel del cielo vino
y le prestó sus dos alas...

Y Luis López Prieto, pedagogo y brillante poeta piedrahicense, dedicó a san Pedro del Barco con el título «Pilares de Gloria» este sentido soneto:

Fue del Tormes el agua cristalina
—elevada al barcense bautisterio—
riego inicial del santo ministerio
al que más tarde Pedro se encamina.

Su ardiente vocación triunfa y culmina
con las notas vibrantes del salterio;
pero su corazón, en cautiverio,
toda mundana exaltación declina.

Se hace eremita en los nativos lares,
y, para redimir culpas ajenas,
busca dolor, trabajos y amarguras.

Y estos serían luego los pilares
donde arribara, con razones plenas,
la llamada de Dios a las alturas.



La reliquia del Santo llevada en procesión.

Pero no todo han de ser romances escritos con líricas medidas. «Poema, devoción y gozo» pudiera ser el pie de esta fotografía en la que aparece el párroco don Francisco Alberto Jiménez Paz, llevando la reliquia de san Pedro en procesión por El Barco.

Fe y entusiasmo como tuvo el afamado clérigo don Victoriano Almarza, párroco de San Vicente, quien hace años murió con la ilusión de exhumar el cuerpo de san Pedro, de restaurar el basamento del sepulcro, adquiriendo a la vez una estatua del penitente, análoga a la que se venera en El Barco. Su último deseo consistía en depositar en urna de cristal y metales preciosos lo que quedase de los restos del Santo, con el fin de que pudieran ser contemplados bajo el ara del altar.



Institución Gran Duque de Alba

HIMNO A SAN PEDRO DEL BARCO

Con letra de Juan Arrabal Álvarez, presbítero, y música de Jesús Andray Araoz, maestro nacional, las calles, plazas, hogares e iglesias barcenses han escuchado las armonías en recuerdo del apóstol y agricultor, interpretadas por el colosal órgano de la parroquia, uno de los mejores de España o por la Banda de Música de la localidad en las horas matinales de cada 12 de agosto.

Siguen a estas líneas la partitura y la obra poética, formando un triunvirato de alabanzas, de anhelos y de profundo y renovado amor.

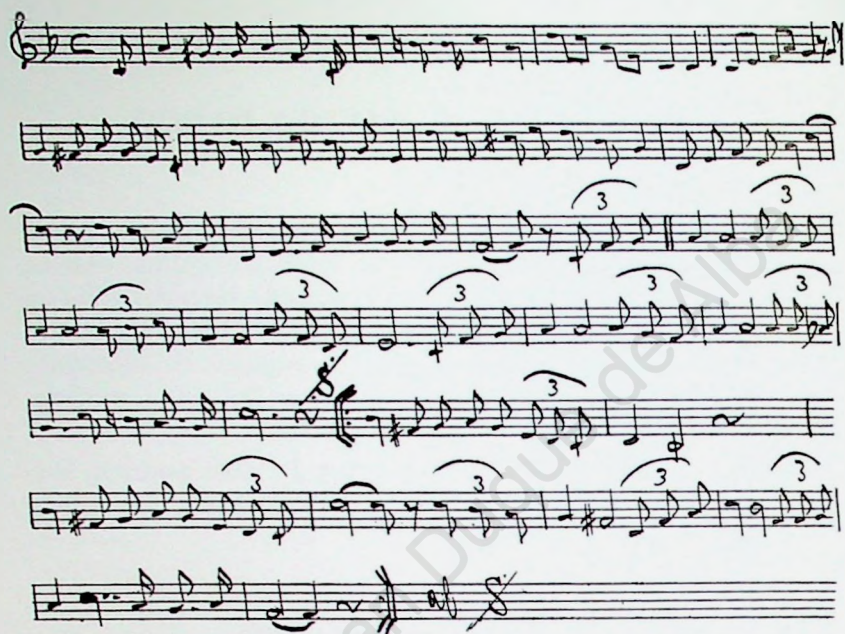
San Pedro del Barco, patrono y vigía
del pueblo que ufano te viera nacer.
Entonen los labios cantos de alegría
que enciendan los cielos de la patria mía,
donde a Dios le plugo tu cuna mecer.

— o —

Sobre la cuna que te dio el Cielo
trazaste rutas de santidad;
por estos valles tendiste el vuelo
llevado en alas de tu humildad.

— o —

Hoy vamos todos tras de las huellas
que tu figura dejó al pasar,
que El Barco quiere dejar en ellas
de corazones un bello altar.



INVOCACIÓN

Finaliza esta obra descriptiva de los rasgos humanos y los ecos perdurables de san Pedro del Barco. Concluye, pero la sensibilidad queda prendida en este personaje sublime, sencillo como las flores que plantó cerca de su chozo y en las borduras de los setos de Párraces; dócil como los corzos que lamían —besando— sus manos; fuerte e indomable como la voluntad de su vocación rectilínea.

Sobre la carroña que a veces amontona la lucha de la vida y la mutabilidad del corazón, surge el efluvio perenne de sus virtudes. Por eso su recuerdo vive y subsistirá siempre en los hijos de El Barco como faro lúcido en las amplias y espesas tinieblas de la noche. Ante su imagen oró la viejecilla de arrugas morenas y profundas; la enlutada madre del joven emigrante que no regresó de América; el hortelano, lleno de esperanza, que le ofrecía cada año unas ramas de pétalos encendidos; el estudiante, el clérigo, el catedrático; las zagalas, los niños que dejaban en la reliquia, con el beso sonoro, una isla de aliento que se evaporaba en el cristal. El barqueño que, dentro o fuera de la villa, llegó a penetrar en la vida excelsa, digna de franca imitación.

Persuadido quien esto escribe de que la mayor honra de un pueblo es ver reflejada en su historia la vivencia celestial de sus originarios, levanto la mirada de los bellos campos pisados por él, testigos de sus trabajos, su caridad, su mansedumbre y energía y me atrevo a dirigirle como epílogo hagiográfico una esperanzada petición:

Pedro del Barco, surco y flor, huella imborrable de los relatos barcenses, cauce profundo de la Ribera del Tormes: Tú que vives en unas moradas que presentimos, pero que ahora desconocemos, llévanos de tu mano santa, trémula, bordada con hilos de sangre, dignificada por el amor, hasta el trono del divino Rey, para que nos hagas súbditos, como ya lo eres tú, de su dominio glorioso.

Mientras tanto, desde los montes y llanuras del mundo, pretenderemos imitarte en esa tu sincera y a la vez difícil santificación, que sólo consistió en realizar con sencillez, con alegría y espíritu agradable las grandes, las medianas y las pequeñas cosas de todos los días.



San Pedro del Barco, a su paso por «La Casa del Reloj».



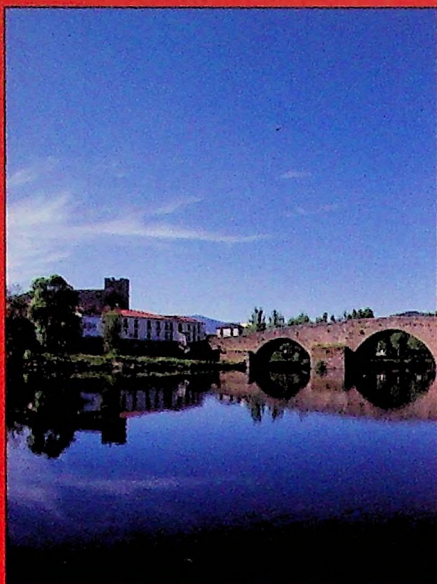
Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba



ES UN ENCANTO, SALIENDO DE
BÉJAR, DIVISAR PRIMERO LA
TORRE DE BECEDAS, DAR VISTA AL
TORNES, AL RÍO MISMO A CUYA VERA
VIVO, Y VERLO CUANDO FRESCO Y
RUMOROSO ACABA DE NACER DE LAS
AGUAS DE LAS ROCAS Y CRUZA BAJO SU
PRIMERA HORCA CAUDINA EL PUENTE
DEL BARCO DE ÁVILA, VIGILADO POR
LAS RUINAS DE SU CASTILLO. EL
BARCO, VILLA RIENTE QUE CONVIDA A
QUEDARSE ALLÍ PARA IR DEJANDO
RESBALAR LA VIDA COMO RESBALAN
LAS AGUAS DE SU RÍO.

Miguel de Unamuno

Por tierras de Portugal y de España

ISBN: 978-84-96433-60-1



Inst. G